

CIFRADOS EN DIÁSPORA
ANTOLOGÍA POÉTICA

Sergio Infante

CIFRADOS EN DIÁSPORA
ANTOLOGÍA POÉTICA



Cifrados en diáspora

© 2021, Sergio Infante

Registro de propiedad intelectual 2021-A-8073

ISBN 978-956-9283-44-4

Editorial Signo

Santiago de Chile, noviembre 2021

Imagen de portada: Instalación “Minnets altare” (El altar de la memoria), 1995, de Rolando Pérez, artista chileno radicado en Suecia

ÍNDICE

LUCERNARIO	9
DE <i>SOBRE EXILIOS</i>	11
ALTURAS	13
URBANO	15
BARCO	16
VIAJERO	17
ENTRE SILENCIOS	18
CONJURACIONES	21
A FRANCISCA	23
DE <i>RETRATO DE ÉPOCA</i>	25
RETRATO DE ÉPOCA.....	27
EL CERCO	28
¿Y QUÉ COSA ES UN PAÍS?	30
ANGOSTURA	31
SOBRE LO IRREVERSIBLE DE LA HISTORIA.....	32
SIEMPRE AL SUR.....	33
DE MAPAS, OJOS Y ABANDONOS	34
DE <i>EL AMOR DE LOS PARIAS</i>	39
PAPIRO	41
DOS HOMBRES EN EL PAISAJE.....	43
OTRO VERANO.....	45
ACIAGO	46
MEDIANOCHE	48
DICIEMBRE.....	49
EMBLEMÁTICA	50
EL POZO.....	51
EL DESTINO	52
POSTAL MARINA	53

DÉDALO.....	55
DE <i>LA DEL ALBA SERÍA</i>.....	57
LO SILENCIADO	59
LAS ILUSIONES	61
DE NOVELA.....	62
TODA SABIDURÍA AÑADE DOLOR.....	63
EL PADRE MUERTO	64
IMPÍO Y DOBLEMENTE	65
LOS CAMINOS	66
SANTIAGO DE CHILE	67
MACHOS TRISTES EN LA TORRE DEL HAMBRE	69
LA NOVELA	70
LAS ENMIENDAS	72
DE <i>LAS AGUAS BISIESTAS</i>.....	73
NOTICIA, 20 DE MARZO DE 2007	75
LA LLUVIA ÁCIDA CORROE EL YGGDRASIL.....	77
LAS AGUAS BAJAN Y SUBEN	79
SEGUNDA MUERTE DE NARCISO.....	81
INFERNADERO	82
ERA YO MUY JOVEN.....	83
RECADO	85
NI SE TE OCURRA.....	87
GUION DE PELÍCULA.....	88
EL ETERNO RETORNO	90
EL ÚLTIMO ZAHORÍ	92
ÚLTIMA O PRIMERA.....	94
DE <i>EPIFANÍA Y TRASTIENDA</i>.....	97
EL LLAMADO.....	99
DEBERÍAN PROHIBIR EL FOIE GRAS.....	100

FANTASILANDIA	101
NO HAY POR QUÉ PREOCUPARSE.....	103
ACASO TÚ MISMO LA ENCENDIERAS.....	105
EN MEDIO DE CIERTA IMPUNIDAD	107
PERSPECTIVAS	108
MIENTRAS EL LOBBY NO ESTÁ.....	109
VIGILIA.....	110
FICCIONARIA	112
MATRIX	113
DE ALAMEDA ALMENADA.....	117
1	119
3	122
6	126
9	128
10.....	130
11.....	132
DE OCULTO EN EL DOBLE FONDO.....	135
1	137
2	139
3	140
4	142
5	144
6	145
7	146
10.....	147
13.....	149
14.....	152
DE LA LECTURA CRÍTICA.....	155

LUCERNARIO

Dicen que ni el más distraído pierde el apresurado hatillo de la diáspora. Lleva allí una tierra, una historia, una cultura, una lengua. Y, por eso, carga una memoria que rezonga pertinaz al no resignarse a su naturaleza dinámica y cambiante. La del poeta asimismo incluye hondas pulsiones y una mirada. Él, alguna vez, las juró indelebles pero paradójicamente entrañan la disposición a contaminarse de lo nuevo que añaden los años, los caminos, los parajes, los encuentros, los hallazgos, las lecturas. De lo contrario, esas pulsiones y esa mirada se anquilosarían al punto de pasmar cualquier intento poético. Con todo, lo que se dejó al partir desde *donde un día ardiera el paraíso* jamás se borra, está porfiadamente dentro, su condición generadora garantiza tal presencia. Esto sucede, me parece, porque la diáspora –hablo aquí en términos generales pero que, para mí, siempre se encarnan en aquella latinoamericana iniciada en los años 70 del siglo pasado– tiene entre sus principales componentes la salida forzosa y el carácter colectivo. El primero, sobre todo en esa etapa inaugural de duración muchas veces incierta que llamamos exilio, a menudo trasluce una suerte de amor beligerante con el país que se ha dejado. El segundo es que, por tratarse de una colectividad asentada en lugares que nunca serán el Lugar, tarde o temprano se advierte en ella una suerte de pertenencia adicional, con rasgos que la distinguen del mundo que se tuvo que abandonar. Por muy firme que sea la ligazón, año a año, se van acumulando los elementos diferenciadores, incluso a nivel del habla y del imaginario social. La vida transcurre inexorablemente y la transparencia del agua no sigue igual a la que alguna vez conocimos, ha cambiado en el propio hontanar y, con mayor razón, en estos forzados afluentes.

Todos los textos de *Cifrados en diáspora* los escribí fuera de Chile. Al seleccionarlos, me he limitado a mis libros publicados: *Sobre exilios* (1979), *Retrato de época* (1982), *El amor de los parias* (1990), *La del alba sería* (2002), *Las aguas bisiestas* (2012) y la trilogía formada

por *Epifanía y trastienda*, *Alameda almenada* y *Oculto en el doble fondo*, publicada en el volumen *Las caras y las arcos* (2017). Al elegir de estos libros los poemas para *Cifrados en diáspora*, no tomé en cuenta aquellos demasiado extensos ni los que estuvieran en prosa. Quién sabe si quedan para otra ocasión, al igual que mi obra inédita o solo publicada en revistas y otros medios.

Tal vez quepa señalar que, aunque yo siguiera viviendo en Suecia hasta casi finales de 2018, varias de mis obras se editaron en mi país natal a partir de 1990. Data que, dicho sea de paso, subraya la tenue demarcación que distingue el fin del exilio de la perennidad trashumante de la diáspora. Supongo que la disposición cronológica de los poemas de alguna manera también lo evidencia. Debo advertir sin embargo que exilio y diáspora son sobre todo las circunstancias en que se escribieron estas páginas aunque asimismo a veces hagan parte de un repertorio temático más extenso; el lector seguramente lo advertirá.

DE *SOBRE EXILIOS*

Publicado en edición bilingüe, castellano sueco, bajo el título *Sobre exilios/ Om exilen*, en Taller, Estocolmo, 1979

ALTURAS

Las alas como semillas de jacarandá
con duros temblores responden al viento.
Desde la piel gotea un hormiguero,
también llevo algo en el pecho
parecido al final de una carrera
(Huir es arañar la vida
y dejarse entre las uñas
pequeñas muertes).

Ceñida por las nubes
pareciera venir la placidez
de ese respiro esperado.

Abajo la cordillera,
con el azul de los aceros,
confunde entre nimbos
sus nevadas puntas.

Más abajo la huella
de una mano engarfiada,
el campo arado;
apenas puntos los postes
de las alambradas.

Y más abajo aún,
la ciudad:
azoteas, tejados y calles
se repiten.

Ese disco verde
puede ser alguna plaza,
allí un sol incoloro

inunda y afiebra los escaños
ausentes de tu sombra.

Habría que traer en el equipaje
esta maqueta que divisas
y en secreta ceremonia
acariciarle los surcos,
los recodos cada noche
pero el corazón es un morral ligero
y diminuto se viaja en las alturas.

En tierra, en la real
dimensión de los objetos,
la lucha es grande y continúa.

URBANO

Buenos Aires: sed y lo mismo: caminar,
El sol sobre la nuca como un castigo más.
El signo de la muerte en los semáforos.
Bronca en los zapatos, hambruna en las veredas.
Desde la radio un piano entona “Taquito militar”
y ahoga el eco de tus suelas
que apenas pueden por esquinas y pasillos
llegar hasta el cuarto de pensión
tender los fracasos, dormitarse.
Mañana es otra vez.
Falsa cosa:
ya no vuelve la alegría de la primera carta.
Y adherido al esternón de multitudes,
lo demás gime
y escapa de los coches patrulleros.

Quedará, al partir, el recuerdo de las pizzerías
y un puñado de amigos construyendo el adiós.

BARCO

Travesía. Y no tu voz
aunque te anuncies.
Sólo un viento ecuatorial,
despedazado en la proa,
nos reclama y continúa.

No hay tierra a la redonda
para indicar las distancias.
Sólo gaviotas leales
que no conocen fatigas.

Sólo el mar
y peces voladores
como cuchillos brillantes.
Sólo el mar.
Y del ancla del sol
un tizón en cada poro.

No hay tierra a la redonda
para indicar las distancias.

Sólo el mar.
Y el dolor, otra creciente
que aún nos refleja la morada.

Sólo el mar.
No hay tierra a la redonda
para indicar las distancias.

VIAJERO

Confundido por el volar
de gaviotas portuarias
y palomares urbanos,
Colón –estatua en Barcelona–
apenas un punto de referencia,
si uno llega.

Al frente el mar
y a las espaldas
la Rambla de las Flores
y a la izquierda el camino
a la Estación Francia
para seguir los nortes.

Al frente el mar
y “El Descubridor”
mirando tierras por descubrir
que ya no puede ver con sus ojos
pero tampoco
con la pulpa de los míos
aunque algo del polvo
de esas tierras
delatan los pliegues de mis ropas
y algo más que el polvo
porque añoro.

ENTRE SILENCIOS

1

Por entre el zumbar de las ciudades,
copo a copo,
la mudez de la nieve se repite.
Apenas el viento
para los arabescos
que caen en los balcones,
apenas los faroles.
Apenas el paso mudo
en la blancura
revive las veredas.
La nieve está cayendo,
cayendo,
callando.

2

Algo selló las voces y las dejó morir entre bisagras.
Desde entonces
solo los borrachos cuando aúllan
desafían el palpitir de los motores.

Algo indescifrable escapa sofocado
desde el cuerno de los altavoces
y muere entre latas cerveceras
que ruedan por los peldaños del sábado.

Algo para contar sobre esta Europa,
diferente a los libros escolares.

Algo que no está en las vitrinas de las agencias viajeras
donde maquillada prolonga su agonía.

Algo de tímpanos heridos,
de corazón amordazado
entre el zumbir de las ciudades.

3

Diciendo buenas tardes con la voz muriente,
llegó a este nuevo umbral nuestro dolor
y nuestro miedo.
Puedo entenderlo:
incrustada viajó con nosotros la espina de los alejadores
y se agiganta el vacío
entre nuestro silencio y el rubio mentón hundido en las solapas.
Entre nuestro silencio
y la oferta semanal en las pupilas.
Entre nuestro silencio
y las vecindades castradas por la prisa.
Entre nuestro silencio
y ese comentar el estado del tiempo
para esconder la palabra.
Entre nuestro silencio y los suicidios por miles
poniendo la nota dramática en las estadísticas.

Puedo entenderlo:
Un buen pasar para quien tenga al día
sus papeles en la caja de seguros.

Pero solo los constructores de las voces enormes
conocerán la vida.

4

Y al entenderlo pude ver entre silencios
venir a muchos que hermanándose
portaban también nuestras banderas.
Y entre sus consignas

se oían nuestras consignas
y los nombres de nuestros pueblos.
Y aprendí palabras
que de enormes no cabían en los diccionarios.
Y vi la nieve derretirse bajo el peso de la marcha
que pasaba y pasaba.

CONJURACIONES

Entrecerremos los ojos ante este cuadro enorme.
Semejante a una sábana teñida por viejas coagulaciones
como si alguna vez cobijara a cien heridos
y luego la hubieran puesto a secar
al paso de un viento arenoso.

Surgen de su centro, en torno a una mesa,
iluminados los rostros de los conspiradores.
Entre ellos resalta de inmediato
el de mejores armas y más caro ropaje;
habla de pie y cuatro espadas se entrecruzan
frente a él con la solemnidad
de quienes inician los degollamientos.
Una lámpara de aceite en la mano de uno
impide mayores penumbras (pienso
que esa misma luz podría
servirles más tarde para repartirse el dinero.
Por ahora, desvela el ojo sobre el perfil
de quien cabecea borracho en una esquina).
Atrás, cumplida su labor,
los consejeros enmudecen observantes,
mientras, en primer plano y de espaldas
al público, otro extiende el brazo,
exclama: “¡Salve!” Finalmente
alguien pone el vino en las copas
porque ha llegado la hora de los brindis.

Tiempo después de haber terminado
Rembrandt de pintar esta tela,
 eligió, entre otros, para ella, el nombre
de “Juramento de fidelidad
de los Batavianos a Claudio Civilis”.

Pero yo me robo el revés de su símbolo
y lo llevo a mi tiempo y a mi tierra; veo
entonces la parodia de viejos personajes,
veo cuando, servilmente y de uniforme
remozado, el general en jefe de la Policía
llena las copas de los plenipotenciarios.

A FRANCISCA

Cuando sonríes o cuando algo reclama tu llanto
y pequeña estás en los brazos de tu madre
y camuflado yo
desde un rincón miro como observas el mundo,
anunciando en tus ojos el agua germinal de los mañanas,
quisiera olvidar la lejanía de la patria para jugar contigo
y de nuevo encontrarme junto a la colmena
que apareció una madrugada en la higuera
o bajo la lenta alegría que introduce la luz en los parrones
reviviendo la tiza que marcara un juego en el cemento del patio,
pero no puedo.

Hubo un alquitrán que pasó quemando y amordazó mis colores
y tal vez conocerás solamente los huecos en sombra de mi rostro,
lo agrio en las yemas de mis dedos apartándote el pelo de la frente
para que veas el mundo con sus puntos cardinales en exilio.

Llegan horizontes con ovejas bebiendo en las desembocaduras
y al borde de lagunas
entre los totorales y las costillas de una barca muerta.
Llegan golpes de puertas,
la calle rutinaria camino a la escuela,
motores que arrancan y se llevan el día.
Tiene el otoño siempre un olor a chicha en los bares
y el amor llega entre versos cada otoño y prepara los inviernos
y me lleva a recorrer el país mapa, desde parido acuchillado
aunque nunca con el puñal envenenado de este tiempo,
porque la memoria es una pesada caja que no paga sobrecargo en
los aviones
y es fácil que se cuele hasta el exilio y aparezca vestida
con todos los retazos de todos los trajes, investiduras y disfraces
y como para burlarse, tiña la piel con el duro azul de la melancolía.

Por eso, bien puedes no hallar la plenitud de mi sonrisa,
sin embargo, ven, vamos a la ronda,
pon tu encantamiento a girar en carruseles.

Quienes a estampidos ahogaron el dulce zumbar del abejorro
no sabían que en la próxima flor estabas tú.
Y de tan sólo suponerlo habrían incrustado sus culatas
en cada pétalo, en cada panal, en cada tierra
porque así están las cosas, hija mía.

Me verás siempre hablar con los amigos,
padres de tus amigos,
de lo mismo
como una letanía,
como esos buenos días de las pensiones provincianas,
de lo mismo.
Y a tu madre poner la urdimbre en el telar de los regresos
y de lo mismo hablar entre cucharas.
Cada noticia que llega. Cada carta.
Una nueva muerte entristece el registro de las voces
pero las pequeñas victorias populares saludan
de cuando en cuando
como una llama reflejada en los estanques
Es entonces que aburridos de nuestros pechos
los zorzales quieren pronto desbandarse
hacia hortalizas y plazas de Chile.

Ven. Deja junto a la almohada tu perro de peluche
que espera el prado
y aunque mis penumbras oscurezcan tus juguetes
ya no importa,
ríen los hijos del exilio y arrollan padeceres
y habrá un día.
Un día de allá a pleno sol y en los senderos.

DE RETRATO DE ÉPOCA

Publicado por Editorial Nordan, Estocolmo, 1982

RETRATO DE ÉPOCA

Apunto con mis ojos al añil y escupo
los azulejos como quien escupe al cielo.
Me acerco porque quiero ver
si por mi boca salieron maravillas,
una delegación de sabios microbianos
o el detrito de las más antiguas penas.
Me acerco porque quiero ver y veo
los cuajos de esa cara que tuve,
múltiple y distinta,
hirviendo y reventando en cada globito de saliva
que resbala, que se escurre alejado entre las grietas.

Antes que sea tarde, ven, acércate,
tal vez puedas rehacerme intacto en tus pupilas.
Y porque quieres ver, vienes, te acercas y miras
la imagen de tu rostro triturada en la baba
y cada pedacito se separa y se presenta como tú
y cada pedacito puede llegar a los congelamientos
o a esfumarse entre vapores
o a morir de vergüenza acunado entre hendiduras.

Vamos, dices, es hora de correr a buscar los fragmentos,
de recomponernos.
Tal vez queden huecos insalvables.
No seremos los mismos de seguro.

EL CERCO

Sitiado por la soledad, disparo las palabras:
apenas luces de bengala que piden socorro,
estallan en el aire, chisporrotean afonías
y se pierden en lo propio de su noche.

Huyen y acuden los verbos por improvisados túneles.
Huyen aterrados ante la inanición posible.
Acuden a morir en los deslindes de mi boca
o como peces boqueando en las sangrías del cuaderno.

Comprendo que su rescate es mi rescate
e inicio un rumor más bien lloro que arenga.

Ahogándome en el cerco y amparado
en mi viejo amor por los símbolos,
apronto la salida.
Amartillo nombres cifrados, claves ocultas, clamores
y doy la voz de ataque, letra a letra.
Se accionan los gatillos pero me estalla su herrumbre
en pleno rostro: sílabas de no acudir
que me deslumbran. Acobardadas esquivarlas
pactan a mis espaldas seguras sin nombres,
arrumbándome herido en la región de los mayores vacíos,
allí donde el signo puede ser tan sólo la incompreensión
enmascarada en el tornasol de los disfraces.

Sitiado por la soledad, disparo las palabras.
El vaho de un mudo disminuye las esquinas de mi plaza,
avanza y borra o reconoce y espanta
al último cormorán que pronuncio.
Quedan los labios como el nicho
de una deidad penando

y la majestad de la tinta se cuartea
para entrever la lasitud de su misterio:
el palafrén de los siglos que ya escapa.

Asisto al banquete funerario
de todos los rituales,
con el torso desnudo;
sombras de sombras
reproducen un cántico vacío.
Sitiado por la soledad,
disparo los gemidos.
Entre un dolor y otro dolor,
el gesto acude; nadie lo vio venir,
se hace de mis manos,
de palabras que veo incorporarse,
golpear, tremolar en el eco,
ser en el silencio, permanecer esperando:
quejumbres de quicios, ruidos de pasos.

¿Y QUÉ COSA ES UN PAÍS?

¿Y qué cosa es un país si no la antesala,
la solemnidad del papel, la augusta rúbrica,
el genio del prócer ahogado en los sellos de agua?
¿Qué decreto ministerial, un país? ¿Qué confesiones a foja,
qué cables urgentes, qué *Habeas* rechazado,
qué declaración conjunta, qué Honoris,
que Cartas Magnas, qué Plenipotencia?
¿Qué cosa será un país, qué cosa?

ANGOSTURA

Confundo el amarillo en las estaciones
de los pequeños pueblos,
con morirme,
pues entiendo que el crepúsculo
eligió sus fachadas para fundar un siempre.
Un siempre al margen de las sorpresas posibles,
un siempre, siempre ablandado y vencido
por la aguas polvorientas que exudan los espejos,
arrumbados de por siempre,
en espera del rostro de sus dueñas difuntas.
Confundo con morirme el amarillo
en las estaciones de los pequeños pueblos,
y por eso paso por ellas en trenes rasantes
que huyen como espectros acosados por espectros
y sólo me animo a recorrerlas a pie,
caminando entre durmientes, muy al alba,
cuando un sol secreto abrevia los temores
y el amarillo en los muros resucita
nombres incrustados e itinerarios perdidos.

Y adivino donde no estaba el corazón de los caminos.
Y adivino que no tienen mitad ni fin estos caminos.

SOBRE LO IRREVERSIBLE DE LA HISTORIA

Ligaduras sin fin, espirales vencidas,
azogue medieval prolongando el estigma de las sogas;
días de ayer: las torceduras de los tientos
sobre este tronco mío que ya entiende
que hay un timón que gira
en sentido contrario al de sus vértebras.
Amarrado al potro del tormento, floto
y la resaca del silencio me lleva hacia alta muerte
y a cada quejido que sueltan las cuadernas
responde el graznar de las aves siderales
que picotean el gran cuero de la noche.

Amarrado al potro del tormento
observo el cosmos
y me abundo de los astros como un último recurso.
¡Es mi tiempo!, confieso al Santo Oficio.
¡Es mi tiempo!, le grito a quien me inquiere.
¡Mirad los senderos en el cielo, allí van los astronautas!

SIEMPRE AL SUR

Apunta al sur, siempre al sur.

En los andenes gravitan fragmentos de cartas incendiadas
y callan los pitazos de salida.

Vamos, muelles, rechinen. Giren, ruedas, devórense durmientes
y tramos de ausencia que agostan añoranzas.

Tendida, una larga acritud con letargos de espera,
apuesta alborotándose oropeles y arcanos.

A mitad de camino, los asombros advierten con su pañuelos tintos
a viajeros que ocultan sus degüellos nocturnos.

Al sur, siempre al sur, mis trenes.

Gimen los ejes un reposo y un parto.

Subirán vendedores de puñales en Antilhue.

DE MAPAS, OJOS Y ABANDONOS

Los ojos fijos en el mapa abandonado.

No hay mano ni alcance

ni aldabones ni troneras

ni patios ni anclajes ni huestes

ni herrumbres ni huellas ni clamores

ni recorrer ni alivios

ni tómulos ni emisarios.

Abandonado, fijo los mapas en el ojo,

retengo descalabros sin jueces

y abundo esa humedad difusa en las orillas:

espumar de reliquias.

Harina.

Llueve harina; déjame

abandonado, fijo los ojos en el mapa,

gaviota que baja, sobrevuela la fatiga final, otro comienzo.

Me deporto de las nubes y bendigo

aquella soledad a contramarcha.

Y espero por ti

y por diciembre en sol como porfía.

Lumbre en la osamenta, mal invento. No vienes.

Quedo, abandonados los ojos, fijo en el mapa,

como una referencia absurda de otro tiempo

o como ángel moroso capaz de dormitar entre los duelos y los
brindis.

El ojo grifo gotea gemas sobre un tambor,

su ditirambo retumba en los confines.

Del mapa abandonado no se sabe si se levanta tierra,

para enceguecer las miserias del cíclope

y el triángulo infernal de los inquisidores.

Por el desierto de las sombras se fugan los designios.
En el juego de mis coordenadas,
trazo la pupila donde ya estuvo
y me lanzo al rescate de los imposibles.
¿Qué es la memoria si no los ojos fijos en el mapa abandonado
y el no querer venirse del todo a la extrañeza
y el preguntarse si podrá este aliento concluido
transportarme los huesos más allá de sus mareas?

Los ojos abandonados en el mapa entierro
hasta matar colores y nombres,
hasta nacer territorios y saludos,
hasta abrigar recuerdos, rincones y reposos,
hasta cocinar a fuego lento la ancianidad de los hastíos.
Alazanes disparados resonando, resonando:
¿Cuál ciudad aquella la más mía?
Porque pasar no es un verbo que conjugue ciudades,
sino caer corriendo como un niño
rasmillándose en ellas y más:
alborotarse con su quietud en tránsito,
recurrir a las plazas,
sentar posesión en las veredas
que resucitan tus pasos, tus palabras
de arrabal, de pleno centro, de forastero
que acorta el santo y seña con abrazos,
que responde con puños,
que siembra en parques públicos restos de noticias
y espera cosechar malos augurios o buenas nuevas,
con igual pasión, con igual desencanto.
¿Cuál ciudad fundó la herida en que respiro?
¿Hubo alguna, aquella la más mía?

Adormezco las astillas de mi arboladura.
Hinco el sueño al pie de las tumbas

y compruebo si ha muerto el tiempo de crecer.
Sólo advierto el hedor de los soñadores que huyen a gatas
y al viento que arrastra las decapitaciones venideras
que gritan mi abandono, mi mapura ojeada,
mi lijadura en lo pleno del miedo,
mis tres centavos de valor rodando siglo abajo.
Me compraría una costra de mundo
para darle presencia a mis heridas.
Pero faltan líneas por demarcar;
siempre mapas fijos en el ojo abandonado
como lacre en el sello real de la mentira.

Apuestan los postores mutilados
quién sostendrá mañana los cilicios.
Hago una genuflexión para cargar los dados
en favor del próximo príncipe.
El mapa fijo en los abandonados ojos de una iguana aplastada.

Sepulto las armas bajo cenizas calientes
y me delata un estallido final,
pariente cercano de ancestrales rugidos;
un toro muriendo en la medalla del Emperador
pisotea el mapa abandonado, fijo en los ojos
de observantes y retoños de tigres que vuelven a saltar.
Alguien escarba en un ánfora los detritos del Poder,
para perpetuar así la estirpe de los miserables.

El abandonado mapa fijo en los ojos:
mirando por el trasluz de los tiempos
busco un pedernal y un culpable.
(Hay historias salpicadas que carcomen los frisos;
de sus páginas no se retiraron los verdugos.
Alguien vuelca oscuridad sobre la tinta indeleble,
para santificar el día.)

El mapa abandonado en los ojos fijos.
Préstame una tormenta para seguir viviendo.
Lejos. Lejos. Como pasado a cuchilla. Lejos. Lejos,
algo perdí sin perder su olvido.
Aquí la impronta, aquí la pisada siguiente:
el mapa, ojo fijo en los abandonados
y el no quererse venir del todo a la extrañeza.
Ir y venir. No estar. Ir y venir
por el ojo fijo, como en las deidades y en la muerte,
mapa en los abandonados. Compás:
los signos enmudecen o tropiezan; salto al vacío
y doy en el ojo abandonado fijo en mí mismo.

En los mapas de ayer han comenzado los incendios.

DE *EL AMOR DE LOS PARIAS*

Publicado por Editorial Sudamericana, Santiago de Chile,
1990

PAPIRO

Ningún silencio conversa este silencio.

Los cilicios del sol saturan
el torso del escriba.
La mano graba la voz del dios.

(Reconozco a mi Señor en las palabras que pinto.
Todavía no sé
que un escorpión lento anida en sus reversos
y que un Nilo invisible y pausado las anega
sobre esta magra selva de cortezas prensadas.
De rodillas trabajo,
sin pensar en los cuerpos inclinados
que arrastran las piedras
para la inútil majestad de una reliquia.
Todavía no he visto
a la crecida regar el trigo funerario
y vivo brilla el pelaje de los gatos
que irán con mi Señor.
Todavía no espigan
los años y las cáfilas de los profanadores
pero yo mismo amaestré los engobes
que enseñan las garras de las maldiciones
a quienes muevan las máscaras
o roben nuestras caras ofrendas.

De rodillas trabajo).

Escasa lámpara sobre el códice, la codicia del ojo.

La aradura del que lee se borra
a cada paso en esa voz
con más ceniza que sus siglos.
(Inclinado traduzco
las figuras
que en extraña romería son esa historia
que recorren. Pájaros posados, sonidos,
perfiles de rey niño, que la *Rosetta* roza
y hasta desnuda.
Pero cuando me acerco, cuando quiero atarme
a sus más íntimas sombras, cuando voy a alcanzar
mi lugar, mi deber,
mi invisible figura en todos los tramos de esa marcha,
un desierto me aparta
y filtra la sangre del sentido
con las extensas arenas de los tiempos).

DOS HOMBRES EN EL PAISAJE

Abajo, la blanca cuartilla
desplegada entre las islas.
(No hablaré de sus contornos:
Respeto líquenes y secretos sellados
por la insistencia de la nieve).

Caen mis manos sobre la pasarela.
Viene la travesía a redoblar
en la hornacina de mi abrigo
mientras vigilo este trozo de mundo.

Mis ojos son aquel patinador solitario
que zigzaguea cruzando la cuartilla.
Sus cuchillos escriben la fuga
de dos heridas sin sangre
que la ventisca restaña de inmediato.
No alcanzo a descifrar si el hielo
es la mejilla dejada en los esteros
por esas furias que se arrastran, rozan
y contagian las marejadas de ayer.
Las mismas en otro sitio sembraron
treinta delfines sobre la arena;
germinal se oía el coro
de sus agónicos gemidos.

Pareciera el abandono propiedad del hombre.

Del hombre que en abandono
patina entre las islas
sin más sentido que ir y venir.
Del hombre que en abandono
mira desde un puente

la frágil grafía del hielo
sin más sentido que mirar,
y semejante a un dios
menor y molesto
despide vaho por su boca
para que todo se esfume.

OTRO VERANO

Horas de convoy para llegar al mar.
Me contento con aquellos pinos
frente a casa.
Imitan perfectamente su rugido.
Y el océano pasa a convertirse en un rumor,
en un viento andino
revuelto entre ramas y agujas
y las aguas reflejan el ocaso en la memoria
y la memoria son estos pies
que avanzan sumergidos en la espuma.

ACIAGO

I

No tiene suerte el ojo,
 mira y mira,
 recorre.
No cree, nunca ha creído, sólo contempla
 todos los astros en menguante.
El dedo, en las cenizas, reproduce uno a uno
lo que los ojos no quisieran:
 signos decapitados.
El ojo busca en la palma,
 se concentra.
Crece la mano, sus líneas se igualan
a los cauces de muchos ríos.
Una llamarada las borra
 y la palma
queda lisa, brillante, alunada,
tronco de alerce bajo el rayo y la lluvia.
Pruebo con mis propias entrañas,
 doy con los siglos
como quien se arroja de una torre.
Barajo el Tarot
 los arcanos mayores no aparecen.
Me consuelo con sus números,
alimento con ellos el vientre insaciable de una computadora.
Es inútil,
las últimas encuestas me habían asignado ya el destino.

II

Entonces, aparecen los Implacables Ancianos.
Y cada uno afirma ser la encarnación de tu deseo.

Y cada uno sostiene hablar en tu nombre.
Pero no puedes oler sus bocas
burbujeando en el acuario de las pantallas.
Rostros vía satélite,
simulan el camino sideral de las deidades.
Rostros perpetuos.

Máscaras cambiantes.

Rigores.

Disputan tu cuerpo,
raspan la mandioca de tus hombros.
No te acerques,
no quieras palparlos,
fulminado rodarías por las gradas de sus templos.

III

Cuando los Venerables Ancianos desnuden sus mejillas
y al extender la noche sobre la noche
hagan de la memoria una piedra candente,
me internaré en la gruta
y junto al bisonte hallado
pintaré la pantalla con las figuras de los Venerables
para que la bestia encuentre sus huellas sumergidas en las pozas.
Retocaré los puntos donde debe saltarles el bisonte.
Allí donde mis manos sueñan con herirlos de muerte.

MEDIANOCHE

El último fósforo.

Me quemo los dedos.

Sucumben los peldaños,
se entierran en un mundo
de pequeños murciélagos.
Sus aleteos,
inventa el vino
tras mis ojos.

Desconfío de Lázaro Baranda,
de la lengua quejumbre de su brazo.

Y el descenso

se torna

más lento

todavía.

No acaba su cuento cada paso,
la escalera es un pozo.

No bebo,
ya he bebido,
lo saben.

¡Renuncio!

Me asilo en la certidumbre del rellano.

Mal espero los rescates del alba.

DICIEMBRE

De rojo y al conjuro
del ansia golondrina,
Natalia se ha tendido
sobre la incandescencia.

Labran los brazos el vuelo.
Una quietud, la travesía
hacia el latir de los potreros ocultos
bajo tanto resplandor en espesura.

Junto al ritmo del trébol que espera,
con briznas de ensueño anida los veranos.
Regresa y nos regala jornales de cigarra:
una risa o esas alas al roce de la espiga.

La impronta que Natalia
olvidó en la nieve
es el único ángel que existe.

EMBLEMÁTICA

¡Mira!

La muerte se desnuda
en tu ventana.

Y eso

de la osamenta y la guadaña
apenas era un chiste,
un chisme del más acá,
el último susurro
de un mal fabulador.

EL POZO

Te inclinas ante el círculo.
Oscurece doblemente
con tu reflejo roto
por esa lágrima
que dejas y que bebes,
que vuelve siempre al sueño
de abrevarte a dentelladas
en la lluvia,
como el más chúcaro.
Como el más abandonado.

EL DESTINO

Dueño del azar,
el gigante que no fuimos
juega a los dados en la llanura.
El espectro de un potro se encabrita.

En mis anteojos
la ciudad natal que jamás piso
se desmorona
y el gigante inunda los valles
con la sanguaza de nuestro único día.
Envejece el gigante
junto al lento evaporar de esa laguna;
espera el instante de atisbar en su borra
figuras que finjan un dintel y un camino.
El espectro de un potro se desboca.

En mis anteojos
el potro detiene su carrera y humea.
Empaña los cristales
pero no es su visión lo que se esfuma
sino la idea de mi cuerpo
y de mis manos
que desesperadas por hallarme hurgan
las invisibles alforjas del pretérito.

POSTAL MARINA

El juego policromo y seriado del paisaje.

Automatismo en el ojo.

Sonambulismo y rutina.

Cielo despejado. Calmo día. Eternidad esplendorosa.

Una sonrisa este día.

Despojado de los riesgos.

Ideal para saludos de cumpleaños.

Arena. Botes. Bañistas.

Pájaros:

uno remontando, cazado al vuelo por la cámara.

¡Claro, no podía ser otro que el Mar Muerto!

Asesinado:

La emulsión química.

El revelado mecánico.

La pupila sin pálpito.

El reverso, otro mar.

El oleaje del reverso lo pone el remitente.

Aguas

agitadas

o serenas, según la mano.

Según el ánimo

que la mano acompaña

o que la manga esconde.

Mar de enigmas.

(En su horizonte, los sellos de correos. Uno, dos soles, tres a veces:
el orgullo nacional milimetrado: reinas/fauna y flora
emblemáticas/viejos próceres. Soles opacos para este ocaso
en la tinta.)

La magia señera de la grafía:
Recupero la fe, camino estas aguas.
Me sumerjo en el limbo de sus espacios en blanco
donde gravita el silencio y atisbo los naufragios.

En cada letra escucho el resollar del ahogado,
que finalmente me lanza un abrazo
y me grita su nombre.

DÉDALO

Aquí, bajo el tamiz del lápiz y la rama,
donde el sol y los copos se revuelcan, se apagan
y son el contorno de mis botas sobre las últimas hojas.
Aquí, con mis costados semejándose a estos troncos
que ennegrecen destrinados y desolados del viento, incluso cuando
les silbo
o me apoyo en ellos para reconocirme
en cuerpo y no en ánima que ambula y simula
su madera, su majadera fórmula de huir, su formalina.
Aquí, no en el asiento del tren donde escribo,
donde tampoco acabo nunca de llegarme, menos
en la pantalla en que corrijo y me escarbo
de todo lo que estorba con ímpetus de toro cebado
en símbolos, aburrido de éstas mis estrechas veredas
y mis verdades en ella jadeando, hediendo
a vanidad, sobre sus clamores concéntricos,
sus pasmados pasillos,
sus hilachas sobadas más de Aracne que de Ariadna.
Aquí, ahora atrapado en este bosque nómina,
que la nieve, nombrada, calmosamente anega y niega
y que una luz lázara y final, llamada no llameante,
recobra, camino y columbro sin encontrar la salida,
sin ocuparme siquiera de encontrar la salida.

DE *LA DEL ALBA SERÍA*

Publicado por RIL Editores, Santiago de Chile, 2002

LO SILENCIADO

El abuelo son los años,
la costumbre y nadie
en el cuento del eterno viajero;
oídos cegados o manos atadas
en un rumbo
que siempre será regreso.

Al fondo de su viaje
espera un dintel, una isla,
y al fondo de todo libro
siempre este mismo viaje.

Pero la voz del abuelo calla
en cuanto los pretendientes y el ansia
incendian las pingües ofrendas
y sus aromas, destinados a los dioses,
se desvían desde la ardorosa playa
hasta el cuarto de Penélope,
se impregnan a su piel,
mancillan su proverbial tejido,
la obligan a deshacerlo cada noche.
Su piel, en cambio, se deshace sola
en los humores, salazones y sueños
de la que ha rechazado
y a deshoras
sueña sola y desea.

Por eso el abuelo
como quien roba un destino
detiene la lectura, dice:

“Mira, este libro es muy viejo,
gastadas andan sus hojas y sus letras;
también de viejo se gastan mis ojos
en estos viajes,
Telémaco.

Nos ha llegado la hora de dormir”.

LAS ILUSIONES

Ansioso corrí
tras esas fogatas
que amanecían dibujadas
en el fondo de los parques.

Nunca supe
qué se apagó primero:
si el esplendor de esas llamas
o la quejumbre de mi trote
en la hojarasca.

DE NOVELA

En cada tramo la noche es más cerrada,
no traen lumbré las palabras que la nombran.
La estrella en la frente del héroe
apenas deja ver lo incierto del rumbo.

Mareado vuelvo a escribir timón
aunque piense un par de estribos,
un pastizal en sol, un caserío en lontananza.
Y encallo cuando me arrastra el recuerdo
de una ciudad perdida en la certeza de sus calles.

Tarde es para achicar lo que son voces al conjuro
o las astillas de mi voz entre el dolor y los delirios
de mudo que advierte la zozobra en el tobillo
como inminente final de toda historia.

Salto.

Me salvo a nado
con un poema entre los dientes.

TODA SABIDURÍA AÑADE DOLOR

Desde la herida
miro
nuestras lanzas
arrastradas
por las corrientes.
Desde su pústula
aprendo
que sí podemos
ahogarnos
más de una vez
en un mismo río.

EL PADRE MUERTO

Tu ausencia
como el granizo
en el patio
de piedra y musgo
en que anduviste
sembrando estas espigas
o en que silencioso
echabas
tus redes sobre el silencio
hasta inventar las ondas,
el rugido del agua,
el sol capturado entre los peces.

IMPÍO Y DOBLEMENTE

Caupolicán sentado en la pica,
clavado para siempre
en el insectario de las crónicas

y no *stabat mater dolorosa*.

LOS CAMINOS

Ulises se va a la escuela
con el sol en la mochila,
suma a su libro una muesca
de la luz que roba al día.

Y en el corazón, quién sabe
lo que disponga la vida.

Ulises se va a la escuela,
cruza la sombra del tilo,
del árbol sale una queja
pero en el hombro es un trino.

Y en el corazón, quién sabe
lo que disponga el destino.

Ulises se va a la escuela;
en la ventana, una niña.
Entre las hojas, la flor;
entre las ramas, la herida.

SANTIAGO DE CHILE

La catacresis del error
y del errar,
la catapulta, la catacumba,
la cata culpas, la cata crisis
no esconden mi alegría,

viajo en el metro
y de pronto las cigarras
abandonan mi herrumbre,
llenan el carro y el canto.

Y como sacada de un carcaj
mi voz en carcajada retrocede,
reconoce, recobra el punto
de máxima tensión
y se dispara:

¡Ésta es la tierra
y no otra!,
aunque ya esta tierra
apretuje el paraje, el polvo,
los viejos lodos de ninguna.

He preguntado por ella.
Entendí
que algo persistía
cuando la mencionaban,
de paso,
en columbarios
donde se estruja
el olvido.

Y, ahora,
como un lirio
que ilumina
la página de un libro
en el ojo de un niño,
una mano se atreve
desde mi tumba.

De los libres
sea el cuerpo
cuando
asome.

MACHOS TRISTES EN LA TORRE DEL HAMBRE

Por años
fueron, todos los días,
al Lantis,
aquel restorán universitario
donde los platos son escasos
pero a granel
pueden verse
las muchachas
más bellas del mundo.
Se cuenta
que, a pesar de sus constantes quejas
y de la secreta complicidad
del cocinero
Hugolino,
jamás lograron
comerse
chica alguna.

LA NOVELA

Anoté presuroso: “Capítulo IV. La del alba sería”,
y vi al flaco en el sendero. El trote y la letra a rienda alegre hasta
 quedar entre hayas y encinas y amo y ayes de chiquillo
atado a un árbol y al chasquido del azote,
que anoté para aguijar en el jinete
corazón y jamelgo.

Le cimbran al flaco los huesos, la furia, la carrera y una lanza que
 endereza lo torcido;
el brazo la sostiene, cumplidor se amartilla en los calambres y
 olvida los cincuenta ya pasados.

Le truena la voz al flaco
porque rasguea las bordonas broncas de un paladín como si no
 saliera de esa garganta amagada por el polvo de unos libros
y de la andante sinrazón que levanta la tierra y suelta sus merlines.

Y yo empinado, espía en ese retablo de maravillas que es el tiempo,
 una vez más anulé mi tardanza
y puse sobre el pliego los detritos
de aquella voz que ordenaba a Juan Haldudo desatar al mozo,
pagar al mozo los jornales negados a golpes de varilla.

Anoté los juro que cumplo del labriego Haldudo el rico.
Anoté las dudas y temores de Andrecillo.
Anoté las advertencias, los castigos severos si se faltaba a la
 palabra, dichos con la palabra en alto, propia de quien pica
 espuelas para seguir el camino.

Y el ojo de Juan Haldudo en alerta hacia el camino,
el ojo de Juan Haldudo que sólo se desvía cuando al gris de la
 armadura se lo traga el amarillo de unas retamas
para que la mano y la usura, cerradas en la vara, se atrevan a
 quebrar cien veces la promesa

y salten las burlas, la sangre, los gritos de Andrecillo
que ya a nadie pueden llegar.

Anoté aquellas voces sin inquietarme por que el flaco no las
hubiera escuchado

y se enterase de lo poco que a veces dura la justicia.
Qué importaba que cargara esa ignorancia en el avío,
alguien, en alguna parte, debía creer y cabalgar.

LAS ENMIENDAS

Mi libreta suma elipsis, deja erratas,
diez rencores con un valle hacen su patria:
las astucias, las argucias y los miedos,
los borrones en las hojas y en las ansias.

Mi libreta se descuida entre los ríos
donde un día ardiera el paraíso,
sus dominios cerrados muy al alba,
ni gorriones, ni huertos, ni racimos.

Mi libreta en el vino de las rabias
como el cuarzo en las chispas y en las aguas
de un invierno que cabe en una mano
como cabe la luz entre las ramas.

Mi libreta cansina por los odios
que mudaban la letra y la nostalgia,
en sus limbos al pie de los aromos
la cuncuna anda el oro y los despojos.

Mi libreta comida por las ratas
que nacieron del vientre de sus páginas,
que anunciaron la muerte y su comparsa,
que dijeron por ella las palabras.

DE *LAS AGUAS BISIESTAS*

Editado por Catalonia, Santiago de Chile, 2012

NOTICIA, 20 DE MARZO DE 2007

Dice el periódico que se mueren los grandes ríos.

Ya agoniza el Yangtzé.

El Mekong, el Salweem, el Ganges,

el Indo, el Danubio, el de la Plata,

el Bravo, llamado también Grande,

el Nilo-Lago Victoria

y el Murria Darling

agonizan.

Se mueren de verdad,

y no habrá mar para el morir de esos ríos.

Omite, no obstante, la noticia

que el entierro de cada río

siempre precede a su muerte.

No se cierra la tumba de un río,

el lecho cuarteado, polvoriento,

señala el curso de esa muerte.

Se despoblarán las ciudades a las orillas de esa muerte.

Y, por inercia, en las escuelas, los niños

aprenderán de memoria que los antiguos construían

sus viviendas junto a las frescas riberas,

y de no contarse con el registro

de viejas imágenes (el chorro luminoso

que arrastra hasta un telón el espectro

de un caudal: la tromba recostada

que penetra y perpetua gana la calma

entre el verde del océano y la espuma),

habrá que explicar, a esos niños,
lo que era la desembocadura de un río
como quien explica la noción
de la nada, del vacío o del vértigo.

LA LLUVIA ÁCIDA CORROE EL YGGDRASIL

Una lluvia no es el pis de los ángeles
(la definíamos así, cuando niños).
La lluvia ácida, compadrito,
de ninguna manera es cosa de ángeles.
Ni de arcángeles ni de querubines.
Ni siquiera los serafines, comadrita,
hacen de la Tierra un mingitorio.

La lluvia ácida
tampoco es antigua
por más sucia que sea,
ni emborracha muertos en Lofoten.¹

La lluvia ácida,
el inodoro atascado
del Progreso.

Rezuma incesante sobre el Yggdrasil.²
También ustedes habrán echado sus gotitas.
No se me vengan a hacer los suecos
ahora que la lluvia ácida

¹ “Tous les morts sont ivres de pluie vieille et sale/ Au cimetière étrange de Lofoten.” Se me cruzaron estos versos mientras escribía, retornan a mi memoria como la huella del lince sobre la nieve

² El Yggdrasil es el árbol cósmico de los antiguos escandinavos. En una enciclopedia o en una buena página de la red, el Lector podrá enterarse de qué seres poblaban sus abarcadoras ramas, de qué mundos alcanzaban sus tres raíces, y de otras maravillas. Evidentemente sería aún más provechoso si el Lector lo consultara directamente con Snorri Sturluson. En lo personal, lo que ahora me interesa averiguar es si el Yggdrasil, en cuya etimología algunos hasta ven el caballo de Odin, estaría tan nítido en la mente de los vikingos como lo está el árbol de la vida en una arpillera que Violeta Parra bordó hace ya más de medio siglo.

percude las hojas del gran fresno,
amilana al águila y al halcón,
pierden plumas y ahuecan el ala
ante el ímpetu venenoso de un aguacero
que, al caer, acaba con la ardilla recadera
y baja en cascadas por el tronco
a podrir las raíces de todo fundamento.

LAS AGUAS BAJAN Y SUBEN

Sin arca este diluvio universal.
Edificios hincados ante el agua.
Estallidos del rezo, la azotea;
nada sabrían captar sus parabólicas.
La parábola allí la dice el viento,
la explica un aguacero inexorable,
la comprenden los brazos elevados
hacia la cerrazón de una deidad
hostil a toda queja. Su voz, el trueno.

En la cumbre del techo está un niño
y el gato, que es el miedo y que es un gato,
a la espera y a la prisa de una lancha;
la luz de un helicóptero, de un ángel
nunca. No quiere el gato lo del ángel.
El ángel que se tarde, que se tarde.

Zurcidores los hilos de la lluvia,
caen sobre la mano, desdibujan
un arañón. Se aferran los esfuerzos
todavía más al gato que al tejado.
Y el mirar es un guiño a lo posible.
Y lo posible viene si hay respiro,
por mucho que se mojen los maullidos.

Invasores los hijos de la lluvia,
rebalsan en faldones y quebradas,
bajan hacia las calles, las conquistan;
en la crecida buscan el regazo:
arrasan, remolinan, se congregan,
suben hacia las nubes estas aguas.

Codiciosos los dedos de la lluvia.
El torrente se lleva camas, sillas
muebles de escribanía, mostradores,
cojines con la grana trajinada.
Una puerta sin jamba inicia un viaje,
dormida cruza puentes sumergidos.
Despierta a la deriva con un niño.

Herrumbrosos los clavos de la lluvia.
Bajo las turbulentas, van errantes
autobuses, furgones, motos, coches.
Y dentro de los coches, cinturones
de seguridad cumplen con la ley,
rigurosos sujetan en su sitio
cadáveres hinchados por la riada.
El niño no los ve; los huele el gato.

SEGUNDA MUERTE DE NARCISO

Me acerco a la superficie de un remanso,
me devuelve la cara inesperada del Gran Rasca.
No salgo de mi estupor mientras las aguas
menguan sin dejar de mostrarme en esa cara.
Se evaporan, pierden volumen hasta ser
pedregullo y lamilla, yesca en breve.
Y mi cara, la del Rasca,
unas lajas y un cangrejo
podrido por el sol,
por el mismo sol
que atraviesa el tamiz roto del ozono,
y me cae en la nuca como una guillotina
encariñada; muy pulcra, les diría.

INFERNADERO

Sáquenme de este pozo de las buenas intenciones, Tito Valenzuela

Gases del diantre, se pegaron al cielo,
fundaron su bóveda más boba.

¿Y no se supo a tiempo?

Quién sabe, quién sabe
el pitazo, la partida de ese tiempo.

Gases del diluvio y del difunto.

Como las gasas de un sudario
envuelven los puntos cardinales,
los trópicos, los equinoccios,
toda la rosa de los vientos.

Y el Planeta es la momia
a la que nadie busca ni venera.

Pero aquí la tienen, déjense
de mirar hacia el vacío, observen:

eterna trasuda las heridas
de nuestros mejores deseos,
la carroña encomiable
de nuestras intenciones.

ERA YO MUY JOVEN

Vamos a la pieza del fondo,
m'hijo lindo,
me indicó la vidente.
Atravesamos el largo pasillo
y el silencio inquieto.
En el cuarto, las velas retenían
la tarde ya perdida en la calle.

Fíjese bien en esta bola de cristal,
ordenó quitando el tafetán.
No es la misma que usa en la feria,
dije para disimular el apocamiento,
unos destellos de arco voltaico
me achicaban en mi metro ochenta.

Cuando la vidente me invitó a su casa,
puso una condición: pasara lo que pasara,
jamás lo imprevisto me haría cerrar los ojos.
Juré obedecerla, pensando en el acertijo
de su cuerpo bajo el disfraz de maga.

Fíjese bien en lo que ve,
m'hijo lindo.
Dentro de la bola de cristal,
otra esfera: fumarolas y fuegos.
Me volví hacia la vidente
y dije muy seguro:
Es el sol. Es el sol,
llega a quemar.
Frío, frío como el agua del río,
se burló. Se había quitado el turbante
y, mientras reía, una agitación azabache

le tocaba los hombros y me tocaba.

Pero mire con sabiduría, m'hijo lindo.

Mis ojos rozaron un incendio

que maldije con diatribas de silencio.

Será el infierno entonces,

casi lo grité.

Pero usted, m'hijo lindo,

no cree en el infierno.

Acuérdese,

me lo contó por el camino.

Esto es lo que será la Tierra.

Escuche a ese potentado

cómo repite y repite:

Mis empresas

por un bidón de cristalina.

Qué agua, m'hijo lindo.

Ríos de lava, ladera abajo.

Me tomó la mano y agregó:

Ahora, si todavía le quedan ganas,

hay más piezas en la casa, m'hijo lindo.

RECADO

Díganle a Eliot que la tierra, de verdad, está baldía
y que, ahora, la muerte por agua nada tiene que ver con la
inmersión.

Lo que ahoga es la carencia.

Lo que mata es un cuchillo,
si te asaltan por una botella de agua.

Le parecerá ridículo a Eliot.

Ustedes, amigos de los poetas difuntos, háganle ver que la botella
de un litro vale diez veces más que la de bencina. El agua
viene purificada con tecnología de punta, los robots del
Rasca le arrancan las bacterias, las cochinas radiaciones, y le
pegan al envase una etiqueta refrescante con la imagen de lo
que, alguna vez, fueron las cataratas del Niágara. No olviden
comentar, de paso, cuánto fluctúa el agua en el mercado
negro. Eliot trabajó en un banco, lo pescará todo al vuelo.

¿Comprenderá Eliot el significado de perder la yugular en la punta
de un cuchillo?

¿Advertirá Thomas Stearns Eliot que no se inventa un mito al
contar: Morir luchando entre la sed y un arma, con todo, se
considera un hecho honroso?

Hasta se levantan placas recordatorias, díganle.

No cualquiera muere de este modo.

No cualquiera puede adquirir una botella de agua.

Ustedes que dominan las letras de la güija, subrayen la absoluta
falta de metáfora: lo del agua sucede, sucede rotundamente.

Ustedes lo sufren, se juegan el pellejo por un buche.

Saben que a la mayoría la sed la deja en el camino. Temen
encontrarse en la cifra de esa mayoría.

Han visto a los envenenados por la ilusión de una vertiente, la
quimera de un caño que aún gotea; sorben, gritan ¡Horeb!,
y sucumben.

¿Comprenderá Eliot, si le señalan que cada día es la ceniza de ese
miércoles donde ya no cabe ninguna esperanza?

¿Advertirá que no es hipérbole
cuando se entere de tanta víctima,
de tanto acribillado
al saltar las rejas
de la única cisterna?

NI SE TE OCURRA

intestina canes, cetera membra lupi, Catulo, CVIII

En la cara te lo digo, Gran Rasca,³
compadrito sin cara en las disculpas.
No entonarás una elegía a este arroyo,
no podrías sin causarnos risa. Ahórrate
ser el gánster ante el féretro, el cliché
de dar el pésame a la viuda de la víctima.
Respeto la corriente esmirriada, el rumor
desahuciado entre guijas calcinantes y no
te dispongas a cantar por él, Gran Rasca.
Omitirías el fruto, la fistula, el feto,
la falacia de tu proyecto estrella:
una legión de hombres de vientres
reellenos con la esponja de la avidez.
Mejor lúcite, dignificate a las trasnochadas,
con un acto de excelsa sobriedad y calla
tus bemoles de chambón incorregible.
Has sido el ciego paladín de los éxitos
a ciegas. Esos que por inercia apagarán
este último gesto del agua correntina,
esos que ya apagaron todos los otros ríos
mientras tú chillabas: ¡Arriba esas palmas!,
feliz de avivar la sandunga, el zapateo.
¡Cómo salir, ahora, con cantos de sirena!

³ El Gran Rasca, ubicuo personaje, chapucero por excelencia, suele entrometerse en mi escritura. El otro día me increpó en inglés por puro apabullarme. Le respondí con un plagio: "Why is your glitter full of a curious mistrust?"

GUION DE PELÍCULA

Primera escena

El calentamiento del planeta,
más rápido de lo que se creía.
La disminución de los gases,
más lenta de lo que se pensaba.
No se cumplen las promesas,
no se alcanzan las metas.

Segunda escena

El ping-pong de las recriminaciones,
en armonía con el aumento de la temperatura.
El resultado de los esfuerzos, la razón de las raciones,
inversamente proporcional a los delirios mesiánicos.

Tercera escena

El esmog apenas permite la visión de edificios y calles.
Los especialistas en la materia se quedan afónicos
y a las ciencias se les empaña la paciencia.
La polución enturbia el cristal en la bola del vidente.

Cuarta escena

Por tradición, en letras de molde se modela el mundo:
HABRÁ CORTE PERMANENTE DE LLUVIA
(no se pagaron a tiempo las exigencias del cielo).
SE INTENSIFICAN LOS DESGARRAMIENTOS POR EL
AGUA
(la ley del gallinero sigue siendo la base del derecho,
las raciones se distribuyen conforme a dicha ley).
COMIENZA LA GUERRA POR LAS RESERVAS Y LOS
ALJIBES.
LOS EJÉRCITOS REGULARES DERROTADOS POR LA
DISENTERÍA.

LAS GUERRILLAS, DE ESPEJISMO EN ESPEJISMO
(alucinadas con la victoria final).
LA MADRE DE LAS BATALLAS
(una riña sangrienta de todos contra todos).

En la última escena
el sol calcina la soledad del pedrusco.
La palabra FIN se vuelve redundante.
Anodinos los créditos con los nombres
de los primeros actores, roles secundarios,
dobles, técnicos de variada índole.
Anodinos incluso los nombres
del guionista, del productor y del director.
Absurdas las palabras de agradecimiento,
son demasiados los auspiciadores,
son demasiados los auspiciadores,
son demasiados los auspiciadores,
son demasiados los auspiciadores.

EL ETERNO RETORNO

Lo repites a cada rato: Muchísimo
antes de que el Sol se apague,
el humano abandonará la Tierra,
la dejará como esos huesos roídos
que los perros dejan tirados en el pasto.

Cambiará de nombre el humano.

En poderosas naves, el terrícola
hallará otro sol y la atmósfera
amable de un planeta.
Pero te mortifica esa esperanza.
Te alarmas como si el domingo
fuéramos a despertar con eso.
Y batallas tu chisme, la conjetura
de que la mayoría se quedará aquí
abajo, mirando las nubes podridas.
Humanos hasta más no poder.
Del día a la noche te paseas por la casa
con una lápida en la boca.
Por momentos la boca resucita,
se muestra en las ventanas
y larga una predicción que nadie escucha.
Sales al patio en cuanto la casa queda a oscuras,
vas a mirar el cielo.
No has parado de pensar:
el terrícola llevará en el origen
de su nombre una huella indeleble.
Te desconsuela la fatalidad de ese recuerdo,
adviertes allí las cuerdas que confirman el cepo.
A medida en que los años despidan siglos
y en el nuevo planeta las generaciones

se vayan sucediendo, la Tierra,
ese infierno un día abandonado,
se parecerá cada vez más al Paraíso.
Por amaños de quién sabe qué nostalgia,
la Tierra se igualará a lo que ya han de ser
historias borrosas, pero dulces todavía,
cuando los futuros terrícolas se suban
a las primeras de esas naves salvadoras.

Sigues plantado en el patio, arriba hay estrellas.
Y como si desde el firmamento te chispearan
esquirlas de alegría, admites la posible existencia
de terrícolas inmunes al romanticismo
oculto en la carnada del paraíso perdido.
Terrícolas de sangre prevenida que llevarán
un desierto y un río envenenado en la memoria;
el depredador y la víctima, estigmas del ancestro.
Ellos, del humano, solo honrarán los momentos
en que Leonardo tomaba el cuaderno
y esbozaba unas alas,
sin pretender el ángel ni los pájaros.

EL ÚLTIMO ZAHORÍ

De loco, de bufón, de mal parido,
en sequedad florecen los escarnios.
No me importan, resisto con lo mío,
con la bifurcación sagaz vibrando
entre mis manos, sola, sabedora.
Traza senderos, busca las albricias
impensables del agua, muy abajo.
A mí todos me llaman Horcajita.

Mi vida es una i griega de avellano,
ingeniera de cálculos rotundos,
que me une a manantiales escondidos,
pulsar de yugulares cristalinas,
esquivas en los años de praderas
cuarteadas que tanto padecemos.
Por eso el desvelarme zahorí. Por eso
a mí todos me llaman Horcajita.

Mi andar es un vestigio que relumbra
en el errante flujo de un misterio,
mi andar es ministerio consagrado
al vínculo del agua con la rama,
mi andar cruza la burla y la esperanza,
discreta, me custodia ante esas risas.
Mi andar va a la vertiente imprevisible.
A mí todos me llaman Horcajita.

Ausculdo la cisterna por nacer.
Me atrevo incluso allí donde fracasan
detectores, varillas cibernéticas.
Tecnología de punta, como dicen,
con los labios fruncidos y el desdén

en la ojeriza, juzgando estos puños
cuando aviva un imán, la napa oculta.
A mí todos me llaman Horcajita.

Unos pocos entienden que es oficio
y se vuelven mi sombra corajuda.
En quebradas, en páramos y pampas,
en baldíos ya sin pájaros ni espinos,
ahuyentan al espía, del escorpión
me guardan. Con azadones mellados
ahondarán, en lo yermo, la fe y el pozo.
A mí todos me llaman Horcajita.

ÚLTIMA O PRIMERA

El ser de la utopía, el no abarcar
la zona que la inscribe
y nunca encuentra,
a no ser que hallarla
explique un ventanal,
un saldo del sol
en el muro advenedizo de los sueños.

Escucha la voz de la utopía.
Nuevamente nos convoca
y ninguno esta vez sabrá restarse.
Pero ¿quién vivirá para contarlo,
de no ultimarla con un ruido de pasos
en sus calles nunca pisadas por nadie?
Si se queda en utopía esta utopía,
ni la Rosa de Jericó tendrá un después.⁴

La última utopía, salvar el Planeta.
Salvar el Planeta, la primera utopía
condenada a consumarse en lo certero.
Salvar esa rosa en el desierto y todas
las otras flores dondequiera prendan,
y todas las otras plantas en arboledas,
selvas, lomas, pasturas y honduras,
y todas las aves en el aire, en las ramas,
en el prado, en el patio, en los corrales,

⁴ La Rosa de Jericó (*Anastatica hierochuntica*) es el vegetal con mayor capacidad para aguantar sin agua, según parece. Por eso, columbro que la Rosa de Jericó está destinada a ser la última planta sobre nuestro planeta. Ni las connotaciones que la ligan a leyendas de la cristiandad ni la fe en sus propiedades antioxidantes y antimicrobianas son materia de este libro, a no ser que el Lector disponga otra cosa.

y todas las especies que corren o saltan
o se arrastran por la tierra o bajo tierra,
o nadan las corrientes, los remansos.
Salvar esas aguas, las dulces, las saladas.
Salvar los cielos que azotamos y azogamos.
Salvar el planeta que ya herimos de muerte,
impedir, entre todos, su final prematuro.
A eso nos llama la última utopía. O la primera.

Hay una suerte echada. Una moneda, arriba, gira;
la arrojamos tan alto que le dio al olvido alcance.
En una de sus caras la moneda luce, en relieve,
una cineraria y una leyenda: La última utopía.
En la otra, desde un hontanar cordillerano brota
el lema: La primera, por todos, confirmada.

El aire apestado ralentiza la caída de la moneda
pero una de las dos caras ha de morder el polvo,
la ley de gravedad es implacable.

DE *EPIFANÍA Y TRASTIENDA*

Primer libro de la trilogía *Las caras y las arcas*, editada por Catalonia, Santiago de Chile, 2017.

EL LLAMADO

¿Dónde se habrá metido el poeta?
Susurros en el sótano,
la pregunta de un divo
que se rasca en la tumba.
Es el Gran Rasca,
rasca que te rasca
la guitarra
Warlock Widow
tatuada entre viejas mataduras.
Así abre paso a su emergencia,
el cepo de citarme y retenerme
cuando él, sin cara precisa,
en mi voz precisa encaramarse.
Y que yo soporte su última larva
atravesada en mi lengua
como un micrófono
en la corbata de un animador.

DEBERÍAN PROHIBIR EL FOIE GRAS

Apestaba a embutido rancio
cuando me sopló en la oreja:
—Mira, ganso, la Muerte
se pasa de asombrosa,
siempre te deja con la boca abierta—.
Me disgustó su aforismo a deshoras
y me llegaron a crujir los dientes
como si me encontrara atado de pies y manos
y con los dientes pendiera y girase
de aquella piola amarillenta
que la gente suele llamar eternidad

FANTASILANDIA

Mientras usted hace cola
junto a la montaña rusa
advierde en un decorado
la torre de un castillo
y una nube que avanza.

A usted lo vencerá la nube.

Antes que usted se incline
frente a la ventanilla ovalada
y sus dedos sean una pinza
ansiosa que aprieta una ficha,
la nube alcanzará la torre.

Y cuando usted haya cruzado
la barrera y se encuentre a punto
de montar en el vagoncito,
la nube habrá envuelto la torre.

Y la eventualidad de alguna
Rapunsel, trenzas y tramoya,
el ascenso por la torre y la fuga
torre abajo, se habrá obnubilado
por acción de esa nube traga torre.

—Si te di el cabalístico de mi celular,
¿cómo no me invocaste?—
le reprochará una voz
de registro enquistado
por viejas salmodias catequistas.
Una voz que entremedio desliza
soplidos de afilador callejero.

Gárrula voz, prendida al lóbulo.
Garrapata enchulada, le brillan
en el lomo engarces de bisutería:
—¿Cómo no me marcaste y me pediste?
¿Acaso no hay confianza ante el acaso?—

Y usted, como pillado en falta,
se disculpará enseguida.
Dirá: —Oye, guachito lindo,
a ti te estoy guardando
para la última tómbola
y otros misterios del azar—.

NO HAY POR QUÉ PREOCUPARSE

En el asiento de la ventana
se acomoda un tipo
igualito al pelado Lenin.
Sin embargo, no anda
pasado a formalina
este pasajero parecido
o aparecido. Más bien
huele a sujeto que se rasura
con *Acqua di Parma*
las mejillas,
la papada,
los lindes de la pera
inconfundible.

¿Habrá resucitado?
En tal caso, ¿qué será de nosotros?

Le ofrezco media espalda,
me encorvo
como si me urgiera estornudar
y miro hacia la cola del avión,
puede que Trotsky o Stalin
se hayan trepado a obstruir
la salida de emergencia
(poco importa cuál de los dos,
con estos gallos nunca se sabe).

Por fortuna ya están repletos
los asientos del fondo.

Me concentro en Vladimir Ilich.

Se le sonríe la máscara al pelado
aunque le falta la facundia
con que sale en esa escena
—robada años después y rodada
para el malo en una de James Bond—
donde tiene un gato en las rodillas.

Se le agita la calva (adivino
candelillas mesiánicas en esa sonrisa
que se achina en los ojos)
cuando me mira y grita:
¡Bingo! ¡Bingo!, ¡Bingo!,
señalándome unas cifras
sobre el papel ahuesado
de un suplemento cambiario.

Anuncian que vamos a despegar,
es cosa de ajustarse el cinturón.

ACASO TÚ MISMO LA ENCENDIERAS

Cada rémora suplanta una memoria.
Cada atadura rebana un atreverse.
Recuerda el alma dormida en el lobo,
zamarrea con tus dientes las amarras,
con tus dientes obstinados que no aflojan
si no aflojan los tientos, los gordianos.

El curso y las estelas: azucenas entre el azul.
Esas flores azarosas siempre lucen efímeras,
lo advertirás en cuanto empieces a cruzar
el sargazo de las moratorias. —Uncido
a lo espeso— rezongará la catinga del tedio.
Y, flaco de alegrías, te pondrás a silbar
como sí, en una película, condujeras
un birlocho camino a la boda campestre,
al final feliz. Y, de puro trivial, no fueses
este argonauta desfasado, que se balancea
entre la crujiente lentitud y la bruma,
sin saber si encarna al fantasma de un almirante
en la cubierta o un prisionero en la sentina.

Salvarás aquel sargazo. Después te extraviarás,
posiblemente en *la pradera de la gaviota*⁵
o en un páramo de horizonte engañoso
o en la estrecha claridad de un robledal
o en una ciudad que se tornó desconocida
porque esperaste en los extramuros de su tiempo
como si ya no existiera ningún tiempo,
y no habrá más orientación que esa estrella

⁵ “La pradera de la gaviota”, uno de los nombres que los vikingos daban al mar en sus poemas, ver Jorge Luis Borges, *Literaturas germánicas medievales*, 1980.

sofocada, por ti, en el zulo de tus ilusiones.
¿La recuerdas? Ha vuelto a remontar y relumbra.
Escucha, poco importa que ahora apenas sea
la exigua luz de una bengala, una llamarada
de auxilio, una llamada desde lo más oscuro.
Te jugarás al buscarla entre los rescoldos del cielo.
Procurarás alcanzar lo que se extingue con su luz.

Acaso nunca lo consigas pero revivas un temblor
anhelante y un chasquido, el ímpetu incendiado
de la pólvora que sube y se estrella en la negrura
para ser estrella breve y redimida esperanza.

EN MEDIO DE CIERTA IMPUNIDAD

—Chanta, nos pasa por rascas—
me larga el Gran Rasca.
Le queda suelto el disfraz de sabueso.
Igual me ataca a dentelladas.
—Por modestia disimulo mi condición de mastín—
argumenta entre un mordisco y otro.
Aprovecho la verborrea de esas pausas y escapo.

Doy con un patio recién barrido,
un patio en el lunes de una escuela.
Bien al centro el mástil,
la bandera izada a tope.
Juro, desde lo remoto de un saber,
que basta el mágico flamear de esa bandera
para que mis heridas restañen a la perfección.

Cómo escuece el desengaño
y qué poco tarda en llegar.

—¡Huichi pirichi! ¡Naca la pirinaca!— retumban
burlonas las voces de un corro fantasma.
Visualizo al Gran Rasca: un san Bernardo.
Prolijo, lame mis heridas. Me ofrece un coñac.
—Ahora entiendo, Gran Rasca, que al decir
somos rascas te referías a nuestro país—
hablo agradecido, iluminado por el alivio.
—A la humanidad entera— me corrige
alejándose en un cachorro que mueve la cola.

PERSPECTIVAS

Paladean tu misterio y te llaman el *Master Chef*.
En ti, sostienen percibir a nuestro futuro anfitrión.
Lo juran anhelando compartir tu mesa deleitosa.
Pero, como sucede en cualquier evento,
en el de esta tarde, se han colado los aguafiestas,
interrumpen a gritos y me advierten
que no pasaremos de la encimera en tu cocina,
que allí apenas seremos los tiernos ingredientes
con que preparas esa papilla enjundiosa
que te engulles por las noches muy a solas.

MIENTRAS EL LOBBY NO ESTÁ

Entré en aquel palacio reciclado,
colgué mi abrigo en un perchero
pero no había almero para el alma.
No tuve más remedio que abordar
el Gran Salón de Eventos
y Convenciones Internacionales
sin quitarme aquella pringosa
camiseta marca Psiquis,
por fortuna a buen recaudo
bajo prendas de reciente adquisición:
un traje algo *vintage*,
digno, eso sí, de un *spot* publicitario,
para no mencionar la camisa y la corbata
haciendo juego como si juntas plasmaran
un pendón protector
gracias a los destellos de la seda
y a sus logotipos bordados y envidiables.
Todo aquello lo llevaba bien guarnecido
por un bálsamo infalible:
Juguemos en el bosque, el perfume del año,
coraza sutil, solapada
en el revés sutil de mis solapas.

VIGILIA

Busco dormirme arrullado
por el ritmo incipiente
de un poema aún por escribir.

Entrecierro los ojos y veo
las caras de unos muertos,
ninguna me resulta conocida,
por más empeño que le ponga.
Por más que estos fragmentos
de greda plomiza y gravitante
frecuenten mis duermevelas.

Ni que fueran mis parientes,
¿de dónde iban a salirme
tantos deudos? Son antiguos,
no pudieron vivir en esta casa
ni sumarlos mi mente al cielo raso.

Afuera el canto de las ranas
inaugura una laguna inexistente.
El perfume de los azahares impone
su realidad, encuentra un resquicio
y sabe llegar hasta mi cuarto.
Como una exhalación se me cruza
el comienzo de *Naranja en flor*.⁶
Una flor así reviviría a estos muertos.

Evoco los cerros muy al fondo
de una arboleda que acostumbro

⁶ *Naranja en flor*, tango de los hermanos Expósito; Homero (letra) y Virgilio (música), 1944.

a sobrevolar en sueños, quizá
en el de esta noche volveré
a rozar sus copas mientras huyo
de enemigos que jamás elegí.

Si me asomara a la ventana,
la luna me mostraría el perfil
adusto de unas cumbres.
Si me adentrara en el sueño,
también vería en una ladera
el fuego de unos carros de asalto,
bajan a estas horas, coinciden
con la borradura de estos rostros.

Me llega un ruido violento.
Algo sucede en un galpón vecino.
Me incorporo. Se esfuman
los muertos como al toque
de un gong inaudible para mí.
Uno me deja la fosforescencia
de una inscripción efímera:
“Ese almacén sólo almacena
sílabas de primera necesidad”.

FICCIONARIA

Aquí no hay más gato encerrado
que estos poemas fuera de programa.
Arañan por cruzar el patio, añoran
el barrio después de una llovizna.

Pero me sangra la cabeza. Distraído
me he dado con una batiente alevosa
y quedo igual que Juan Dahlmann⁷
antes de marcharse a la fijeza del Sur.

A mí, sin embargo, nadie me molestará
por considerarme un forastero. Nadie
me va a provocar disparándome
balines de miga a las orejas.

Nadie me verá, por ser yo un viejo
mucho más viejo que el viejo
que le ofreció a Juan Dahlmann
aquel puñal irrenunciable.

Ese viejo era una cifra del Sur.
Yo seré una cifra de la Nada.

⁷ Juan Dahlmann, protagonista del cuento “El Sur”, de Jorge Luis Borges, *Ficciones*, 1956.

MATRIX

Sostienen sabios de renombre
que en un lugar, a millones
de años luz de este mundo,
sus habitantes se divierten
—muy a costa nuestra— jugando
en una consola prodigiosa.

El retablo de las maravillas,⁸
así la han bautizado,
aquí en la tierra
los disidentes de todo
lo que huele a holograma,
y quién sabe si ya viene
así cifrado en aquel juego.

A eso nos reduciríamos,
a un complejo holograma,
a una mera simulación lúdica.
Exabruptos extraterrestres
al compás de una consola
imposible de adquirir
en nuestras surtidas tiendas
por los siglos de los siglos.
Proyecciones para ociosos
superdesarrollados y distantes.

Un filósofo sueco propone⁹
una variante a esta hipótesis

⁸ *El retablo de las maravillas*, entremés, de Miguel de Cervantes y Saavedra, dado a conocer en 1615.

⁹ Niklas Boström o Nick Bostrom, como se le conoce en Oxford.

llevándola más bien al *niño*
*que juega a los dados*¹⁰
que al movedizo universo:
los tataranietos
de nuestros tataranietos
se ocupan en fabularnos.

Humanos de un futuro distante,
ansiosos de pulir sus raíces,
reinventan la arcaica matriz
mejorándole, *a posteriori*,
el pelo al lobo
que llevamos en las venas.
Para estos choznos de choznos
lo virtual traza el camino a la virtud.

Quizá usando un programa análogo
al de la mente –hasta en lo incorregible,
esa angustiosa fascinación por el azar–
nos diseñan para aquel gigantesco
holograma titiritero,
en cuya función estelar se improvisa
Los ancestros,
una obra de género escurridizo:
la inexorable representación
de nuestra existencia.

En cualquiera de esas dos teorías,
mediante la consola y su holograma,
el ser humano ya no es el rey de la creación
ni el rey de la evolución de las especies,
sino que el rey pasmado de la simulación.

¹⁰ “El tiempo es un niño que juega a los dados”, Heráclito, Fragmento 52, siglo V, a C.

Me pregunto si ello cambia en algo las cosas
y, a gritos, me respondo que en muy poco.
Un rayo deje un siete a lo largo de mi cuerpo
si alguno llamado El Chambón Infalible
no se apoderó de los remotísimos controles
en cuanto encendieron ese retablo cibernético.
Para entenderlo, basta observar cómo
nos comportamos en aquel jueguito.

DE *ALAMEDA ALMENADA*

Segundo libro de la trilogía *Las caras y las arcas*, editada por Catalonia, Santiago de Chile, 2017.

Por hallar el contento,
 atravieso estas nieblas.
 Tercos gases infectan
 la ciudad y la férula
 de lo que apenas ayer
 canté llanura fértil:
 vastas arboledas,
 hortalizas y semillas
 para el brote venidero,
 hoy bajo el mal menor
 y la subasta en secreto.

Por segundos de dudoso latir
 mi bufanda antigases
 rompe el esmog
 como huracán alguno
 podría conseguirlo
 y se vuelve hilachenta
 al engancharse
 en la caricia espinosa
 que secretan los pactos
 entre la codicia y el paso
 de carros blindados,
 la exudación siniestra de sus reductos
 —letal ante la menor indolencia—
 fungiendo de atávica lumbre,
 de estrella incomparable.

—Mira que estos *caminos son largos,*
peligrosos, poblados de consideraciones,

*de suspiros y de llantos*¹¹—

mascullo el fantasma de Monchito Llull.

Sobre una marquesina palpitan
los dígitos de la medianoche.
En magenta, esa mudez anuncia
el momento de preguntarme
cuánto escuece codiciar aquellas ascuas,
cuánto, conocer, al fin,
la casa incandescente, su portal al menos,
cómo llegar a ese cuadrante
—donde se traman o traban nuestras horas—
si no atravesando esta ciudad
llena de fortines camuflados
en grandes tiendas y entidades bancarias,
este sumidero de aldeas, tumoroso, tumultuoso,
plagado de jerarquías y de fronteras
siempre a medio revelar.
¿Cómo si no dejando *la casa sosegada*?¹²
¿Cómo si no yendo, en sigilo y soledad,
más allá de esos *shoppings* que te chupan,
más allá de sus alarmas,
sus botones de pánico,
sus blindajes, sus ambages, sus amigajes?
¿Cómo si no atravesando bajo la sombra
de cornisas a punto de caer,
huellas terremotivadas, negligencias
provistas de indulgencias, empalmes
marrulleros, mingitorios pichicateros,
reservados pendencieros?
¿Cómo si no eludiendo
policías, soplones; minutas y edictos

¹¹ Ramon Llull, *Llibre d'Amic e Amat*, 1283.

¹² San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, 1622, estrofa 1

imperiales, gerenciales, cardenalicios,
presidenciales, bicamerales, municipales,
que me arrestan, arrastran y revuelcan
apenas emprendo mi paso por la noche?

Así el deseo intenta
colmar su jarra agujereada.
Así, entre dos rascacielos,
tienden y tensan la cuerda
para un equilibrista
ajeno al elenco estable.
Así se trenza el gato de nueve colas
que restalla en este lomo esperanzado.

Así, dolientes todavía,
se consumarán los gozos
cuando el noctívago pertinaz
consiga fundirse con la luz más poderosa.

Volví a ese relámpago en que mi hermana
 María de los Ángeles Custodios de la Paz,
 al llegar del colegio, repartió las centellas
 de asombro que traía en la mirada
 y sostuvo conocer
 el lugar donde había estado el Paraíso.
 Entre el Tigris y el Éufrates, le escuché.
 En la Mesopotamia, nos explicó.
 Se lo había revelado la Madre Superiora.

Volví a ese relámpago mientras aguardaba
 la noche, el camino, la Casa Incandescente,
 el Amantísimo: sujeto o sueño, pasión o galaxia.
 (El rey de la insidia me culpa de apodar
 Gran Rasca al Amantísimo. ¡Mientes crótalo!
 ¿Por qué me lo achacas, cronista reguleque?
 O Faramalla supo emborracharte¹³
 con los tres tiritones de un mosto hereje.

Ignoran, quienes blasfeman a espaldas
 del Amantísimo, que esas espaldas
 saben ver y oír, filmar felonías a media luz).

Me tragué la tarde viendo noticias, saltando
 de un canal a otro, que el tiempo corriera
 y aplacara mis ansias de la Casa Incandescente.

Volví a ese relámpago de la infancia.
 Me empujaron, por miles, los cadáveres

¹³ Faramalla, véase Abel Rosales Justiniano, *Los amores del diablo en Alhué*, 1895, y también en la película de Raúl Ruíz, *La recta provincia*, 2007.

de niños y adultos rozados por las cámaras.
Sus ya imposibles alaridos desmentían
que el Paraíso hubiera estado en Mesopotamia,
según mi hermana y esa Madre Superiora,
según cientos de páginas que leí después.

Por mucho que sucediera *in illo tempore*¹⁴,
el Paraíso Terrenal no pudo estar allí
donde la pantalla muestra, a diario, un infierno
que se extiende por las regiones aledañas,
que brota en cualquier punto del Planeta.

¿Será que nunca hubo ni habrá tal paraíso?
Me arranqué el cinturón y borré la duda
a correazos en el lomo. No fuera
mi torpe titubeo una ofensa al Amantísimo.
Una cosa es que el Paraíso no estuviera allí,
donde hoy se alza un vergel de bombas
en plena floración, y otra es que no exista.
El Amantísimo jamás lo permitiría.

¿Me tocará el tema cuando llegue a sus plantas?

Con esta pregunta piso la grava de un parque,
respiro mejor a pesar del riesgo de ser asaltado.
En su penumbra vuelvo a revivir las imágenes
que mostraban infiernos en alta definición.

—¡El Gran Rasca nos debe el Paraíso!

Busco a quien ha gritado esa blasfemia
porque yo no he sido. ¡Yo no he sido!

¹⁴ “En aquel tiempo” es el tiempo mítico en que se produjo la fundación del mundo, según Mirceas Eliade, *Le Mythe de l'éternel retour*, 1949.

Me urge encontrar al ventrílocuo, su invisible
muñeco es Faramalla el coludo.

Distingo, entre las sombras celestinas,
a dos que se refriegan junto al tronco de un tilo.

—Esos todavía creen en el Paraíso,
reviven los escarceos previos a la expulsión—.

¿Quién lo ha dicho? ¡Yo no lo he dicho!

—¡Nos deben el Paraíso! La culpa
la tiene El Insigne Chambón, de puro chueco
en cada promesa pospone La Promesa—.

En un escaño —leoparda la luz entre las hojas—
diviso al andrajoso que no cesa su delirio.
Me sorprende. Sabe quién soy. Me llama
por un apodo del que nadie se acuerda.
Reconozco en la voz una amistad perdida.
Azota el saludo resentido que arrastra esa voz:
—¡Lobisones de ayer, lobistas del mañana!
Corro a consolarlo, lo acojo en mi seno
como vi hacer a una conductora de televisión
al contener con proverbial ternura
las imprecaciones de una mujer desesperada.
Con todas la fuerza necesarias para aplacarle
el desconsuelo, dejo que mi bufanda y mis brazos
se cubran de un plumaje milagroso.
Mi empeño en protegerlo me transforma

en la Madre Pelicano del Egipto eterno¹⁵.
Bajo alas de afecto enmudece un mendigo,
libre para siempre de su angustioso resuello.

¹⁵ “Con el pico y las garras, la madre acaricia los hijos con tanta devoción que los mata”, Jorge Luis Borges, “El pelícano”, *El libro de los seres imaginarios*, 1983.

Lazarilla traviesa
 en el trance ominoso,
 la intuición me abandona
 bajo un paso nivel
 inundado a perpetuidad.
 No se abren ante mí
 las aguas de este mar rojo
 por la vergüenza que perdieron
 urbanistas y mandatarios.
 No saben partirse en dos estas aguas.
 En nada me parezco
 a un guiador de pueblos;
 como mucho, a un comparsa
 suelto en lo solo.

A un paso de alcanzar
 la otra orilla,
 se extiende hacia mí
 la mano de un muchacho
 y creo comedida aquella mano.
 Me desengaña el brillo
 que corta la oscuridad
 mientras lo afila una amenaza.
 Detrás de ese muchacho,
 se irradian otros
 como si se abriese un abanico infernal.
 Buscan quitarme lo poco que tengo
 y que mi sangre se diluya en la poza negligente.
 A mí, que llevo ropas viejas y un anhelo.

*¿Cuándo llegará la hora en que el agua,
 que acostumbra a correr hacia abajo,*

lo haga hacia el cielo?

Y ¿cuándo serán más los inocentes

que los culpables?

Monchito Llull, no se ha separado de mí
aunque yo no lo vea y sospeche
que ese aullido sigue saliendo por mi boca.

Este loco parece
de *Los muertos vivientes*,¹⁶
conjetura casi inaudible
el Asaltante en Jefe
como si con un suspiro
me expidiera un salvoconducto,
innecesario
porque ya he retomado el camino.

A mis espaldas
los insultos se suceden tardíos.
Lo más suave me lo grita
la única muchacha en la pandilla:
Échate a volar,
vampiro mascachicle.

¹⁶ *The Walking Dead*, conocida serie de televisión producida por Frank Darabont.

Los estigmas desvelados rebasan
 y marcan mi destino. Hasta ayer
 me sentí la encarnación del fracaso.
 Ese fracaso que se anuncia a deshoras
 hoy se mide por mis intentos anteriores,
 se deriva de mis derivas en la penumbra.

No me distraerá ninguna fiesta improvisada,
 ninguna muchacha entre la sandunga y el alba
 para revivir epitalamios a lo Prieto Trinidad¹⁷.
 Ni volverá a explotar a pocos metros de mí
 ninguna bomba. Ni onda expansiva alguna
 me aturdirá ni me hará rodar velado
 por el humo y el polvo. Ni al abrir los ojos,
 habrá un dedo apuntándome, acusándome,
 ni me encerrarán ni torturarán hasta que admita
 ser el agente de cualquier maligno en boga;
 ni será necesario que interceda a última hora
 el archivo infalible de Blanquerna
 y, como la otra vez, se compruebe mi inocencia.
 Y obtenga la libertad y mil noches en vela:
 los ojos fijos en el cielo raso y el eco
 de mi temblor en los muelles del catre.

Esta noche sin embargo lo he conseguido,
 a pesar de que jamás pisé las siete moradas¹⁸
 ni tampoco los siete peldaños del rehue,

¹⁷ Ver Ramón Sender, *El epitalamio del Prieto Trinidad*, 1942.

¹⁸ Ver *Las moradas*, Santa Teresa de Ávila, 1577.

que son nueve cuando traen el Sol y la Luna.¹⁹

Simplemente quedan atrás avenidas,
viaductos, circunvalaciones, túneles,
plazas, pasajes y rincones siniestros.
Una paz va unciéndome las células
a medida en que la ciudad se desgrana
(en baldíos, *ranchos de lata por fuera*,²⁰
ruinas de adobe, tablas, cartones,
senderillos en absoluto luminosos)
hasta volverse alambrada infinita.
Tranquilo recorro este último tramo,
nadie se asoma por los ventanucos.
Ni siquiera sus jaurías de perros flacos
se molestan en ladrarme cuando paso.
No seré yo quien interrumpa
el sueño agri dulce de los fatigados.

¹⁹ “Las machis –chamanas mapuches– poseen los rehue, que son postes de madera, semejantes a escaleras, de siete peldaños, mediante los cuales ascienden simbólicamente al cielo y se conectan con las divinidades”, Sonia Montecino Aguirre, *Mitos de Chile, Diccionario de seres, magias y encantos*, 2003.

²⁰ Ver Liber Falco, “Biografía”, en *Días y noches*, 1946.

Entender que nada puede importunarme
 alumbra esta boca de lobo y concede
 a la noche ser mejor que la alborada.
 Voy sostenido en el júbilo de quien salvó
 todos los obstáculos y se pone a cantar
 el ritmo querencial del último trecho.

No tardo en divisar recortada en la noche
 una mansión de lumínica entereza.
 Poco me importa si, a medida
 en que me voy acercando, se asemeja
 más y más al palacete de ese narco
 que mostraron en un reportaje.

El citófono me invita, la reja se abre.
 ¿Dónde se ocultarán los guardias
 y el personal de servicio? Imposible
 que nadie me vigile cuando transito
 esta alameda en el centro del parque,
 camino a la casa resplandeciente
 como un valhalla, como una millaruka.²¹

Estarán ocultos entre los árboles,
 aquella fuente simulará un nido
 de ametralladoras. Y esa legión
 de arcángeles y de clásicas venus
 y de gordas a lo Botero tendrá lentes
 rotatorias en las cuencas. Todos
 mis movimientos, carne de panóptico.

²¹ El Valhalla, con su techo brillante, hecho de escudos guerreros, y la Millaruka (casa de oro) conceptualmente se parecen, sobre todo si se piensa como Jorge Dowling en *Religión, chamanismo y mitología mapuches*, 1971.

Lo sé, lo sé, ¿qué puede importarme?
El éxtasis no admite aprensiones.
A tientas, por la intensa luz, he cruzado
feliz el umbral, el vestíbulo, un recinto
ovalado, habitaciones laberínticas.
A nadie he visto ni nadie me intercepta.

Subo a saltos la mullida escalera. Acudo
a la llamada llamarada. Gozosa, la fuerza
que con gran suavidad me va impulsando
hasta una mampara de cristal granulado.
Como tallada con un bisturí, se distingue
una puerta: el despacho del Amantísimo.
Quedarán justificados penurias y cilicios.

O Lord, I want to be in that number, canté²²
hace mucho y ahora resulto el primer vivo
en ese número que se sueña muerto y escogido
aguardando feliz ante la puerta del Más Grande.
¿Cómo nos saludaremos? ¿Cabrá un abrazo?

Abro esa puerta corredera. El Amantísimo
debe de manejar sus asuntos desde el corazón
de una cebolla porque, pegada al vano de la puerta,
una capa, ahora de vidrio transparente, me corta el paso
y me guillotina el aliento con su frío de escarcha.
No me atrevo ni a tocar ese hielo celador.
Descubro, sin embargo, que aún se me permite ver y oír.
Y veo y escucho el roncar del Amantísimo.
La cara hundida en el pecho nada muestra;
al Amantísimo, de seguro, le afrenta desplomarse
en una silla curul de última generación.
A su diestra, su diligente vicaria en las horas
de extenuación o de oculto esparcimiento,

²² En *When The Saints Go Marching In*, góspel, en la versión de Louis Armstrong y su orquesta, 1938.

Blanquerna, la intercesora biónica,
como quien zurce un calcetín,
remienda nuestro destino mientras mira
una vieja serial con risitas de fondo.

DE OCULTO EN EL DOBLE FONDO

Tercer libro de la trilogía *Las caras y las arcas*, editada por Catalonia, Santiago de Chile, 2017.

Y pondrás dentro del arca el testimonio que yo te daré (Éxodo 25:16).

1

Le escuché gritar mi nombre.
Las ropas de camuflaje
y el gorro pasamontañas
lo pintaban invisible
detrás de las zarzamoras.

Al cepo de una costumbre,
siempre que me requería
forjaba el verbo en la fragua
de esconderse o bien cegarme.

Una noche —despeñando
mi niñez— alcé la vista
hacia su voz megatería,
y hallé, por hallarle el rostro,
la constelación del báculo
que él me estrelló en la frente.
—Es prevención y salud,
me sopló—. Si conocieras
mi cara, después ninguno
sabría curarte el espanto.
No creas en los miguel ángel,
afanados estilistas,
publicistas sin escrúpulos
que me sacan estupendo—.

(Como si fuese una ficha,
por esa ranura en mi frente,
entró al arca el primer pacto.
Abarca más que el trayecto

de una flecha rumbo al cielo,
impulsada por un arco
cuya tensión asombrosa
va a la par con el poder
que me rompe la cabeza
cuando pretendo mirarlo).

Esa advertencia labrada
encima del entrecejo
tiene la forma de un siete.
Más de siete veces siete,
el palo con sus palabras
viene a alojarse en mi mente,
así verdece el sentido.

[...]

Y, curándome la herida
 con hojas de sietevenas²³
 y sanguijuela en su salsa,
 expuse el cruel escozor
 a la misma ventolera
 que disipa la aversión,
 pasé la noche en un prado
 cubierto de amores secos.
 Sereno pone el sereno.
 Resolví sacarle el bulto
 al del bastón consejero.
 Por más que me reclamara
 y mucho echara yo en falta
 su poderoso discurso,
 mejor distante y callado
 que la lengua del cayado
 replicando en mi mollera.
 Iba a mantenerme lejos
 cuantas veces se pudiese.
 Si tanto escondía la cara,
 sería artero amén de fiero.
 (No siempre lo conseguía,
 fácil pisaba el palito.
 Escuece contar la dura
 pero contada se ablanda,
 enseñó don Segismundo
 a sus pacientes en Viena.
 Ordenadora y recóndita,
 me embolinaba la Voz.
 Con un tsunami interior

²³ Llantén menor o siete venas (*Plantago lanceolata*).

sin ser perdiz me perdía
aunque vinieran castigos;
ya me estaba pareciendo
al camarada Juan Yepes
de suspirante cilicio
al pasar la punitiva,
pero viniendo de vuelta
por habérmela saltado.
Le oí advertir entre nubes
cuando entre nubes lució
oro alegre en la careta:
—Tú sufres porque te tardas.
Y mucho ofende a quien espera
siendo la traba una duda).

Nacieron varias alianzas.
 de aquellas vueltas al Rey
 de Reyes Castigadores,
 Gran Recolector de Nubes,
 Trueno, Fuego Eterno, Sol,
 Todopoderoso y Altísimo,
 Él, a secas, solo y sombra,
 Él o Ella. Él y Ella, dualidad,
 como el Anciano Rey Sol
 con la Anciana Reina Luna,
 El Vigilante y El que Priva,
 La Fuerza Fecundadora,
 La Paridora de Dioses,
 La que Provoca Terror,
 Último y Primerísimo,
 El Opulento, el Oculto,
 El Soberano Supremo,
 El Paciente, Proto Padre,
 Gran Tatita o Gran Taitita,
 Verbo, Líder, Timonel,
 Gran Capitán General
 de las Fuerzas Celestiales,
 Gran Director General
 de nuestra ventura aciaga,
 Benefactor Innombrable.
 Gran Padrino a lo Corleone.
 Gran Rasca –de tomo y lomo
 si se juzgan nuestras pifias,
 bastardas de su potencia–.
 Pensarán que esas alianzas,
 sangre que anilla y sujeta,
 se acordaron entre gallos
 y medianoche. Comprendo

tal discurrir, su partida
va a caballo en la experiencia
entrelazada en los siglos,
memoriosa enredadera.
Pero fui madre y partero
de esas alianzas perpetuas,
así que puedo contarles
las imprecaciones mutuas
y apremios que no eran premios,
pregúntenselo a este pecho.
Mi brazo recuerda el peso
de los pactos rumbo al arca.
Allí los depositaba
por imperioso mandato.
Después cortaba cabezas
o bombardeaba un poblado.
Sería injusto comentario
callarme las horas buenas.
Magnolias en primavera,
flores en cada estación.
La misma mano invisible,
la mano que castigaba,
echaba vino en las copas
con amable desmesura.
Era, sí, mano hostigosa,
negada para soltarte;
por las mañanas golpeaba,
por las tardes bendecía.
Al revés también se daba,
mano mudanza y sorpresa.
Es ciencia que no domino,
ver cómo viene la mano.
Cabreado supe alejarme,
me pareció para siempre).

Por eso en esta ocasión,
camuflado por las zarzas,
armado de un lanzallamas,
impidió que me escapara.

Amenazó con meterle
fuego a toda la provincia
si yo pasaba de largo
sin escucharle palabra.

[...]

Guarde su rabia, rogué.
Guarde el rayo, le imploré.
Doy la oreja y lo que mande,
dócil oveja si gusta.
Mis ojos miran el pasto,
ya de rodillas atiendo,
cargo lo mismo que escucho.

Me llamó Cara de Chasco,
aberración azarosa
de bacterias casquivanas,
virus erectus y hereje,
depredador incansable
con presunciones de capo
en cuanto universo existe.
—Y me los cargas a mí:
la creación y el destino
de todo lo que es posible.
¿Iba a hacer tanto en seis días?
Ni que fuera un chapucero.
¡Eres tú, y no yo, el Gran Rasca!—
chirrió el timbre azumagado
de un dictador sempiterno.

[...]

Ya no te pregunto dónde
 está tu hermano, lo sé.
 Estará cayendo en medio
 del fragor encrucijado,
 burreril quijada bíblica
 con tecnología de punta.
 Toda la faz de la tierra
 anegada por abeles
 y abelinas, tus degüellos.
 Y se los cargas a mi
 voluntad inescrutable,
 ni que fueras Abadón²⁴
 contratado a mi servicio.
 Después te las das de santo.
 Pretendes adormecerme
 a rezos. Buscas birlarme
 trono y cetro. ¡Te jorobas!
 No olvides: A quien da y quita
 le sale una corcovita.

²⁴ “Y tienen por rey sobre ellos al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego, Apolión”, *Apocalipsis* 9:11, Reina Valera, 1960.

¿Ya olvidas, sesos con ansia?
¿Dónde gastas la memoria?
No estriles por los coscachos,
te pasas de olvidadizo,
te mando que comas pasas,
que retengas lo que dicto
y después no haya respingos
si en mi voz arde la zarza.
Andas saltón porque olvidas.
Acuérdate, soy el que soy.
¿Quien alumbra tu camino
o quien ciega tu mirada?
Este acertijo dibuja,
como la aurora a los cerros,
la primigenia invención,
la recurrente y la ubicua,
una explosión en cadena.
Dime cómo se llamaba
el árbol del que bajaste
antes de mi primer día.
Dime si su nombre fue
además mi primer nombre
o preferiste el del pájaro
que cantaba entre sus ramas
o el del sol mucho más alto
o el del ñu, abajo en la sombra,
o el nombre de aquella fiera
que te hacía retroceder
hacia la copa del árbol.
Dime cuál era mi nombre
cuando a tu mujer culpaste
la cobardísima vez.

Dime cuál era mi nombre
cuando ciego condenaste
la sumarísima vez.
Dime cuál era mi nombre
cuando en mi nombre mataste
la primerísima vez.

—¿Adónde supones irte?
 Yo digo cuándo te marchas—.
 Como el trueno quien me hablaba,
 y no dejó de tronar.
 Temí me alcanzara un rayo,
 si se pifiaba don Júpiter
 y don Thor poco podía
 me pillaba don Pillán.²⁵
 Pero no cayó ninguno.
 Salvarse suele ser cruel:
 en vez de rayos, visiones
 me atravesaban la mente,
 el ojo es mi vieja herida:
 Pasó un desfile de muertos
 escupiéndome a la cara,
 indignados los juzgué
 aunque gritaran sin habla.
 Llevaban, sí, unas pancartas
 que de todo me culpaban,
 desde rapiñas menores
 hasta crímenes de guerra,
 que era lo que más había
 en las letras conjuradas.
 Mirándolos bien de cerca
 los muertos se ven iguales.
 Todos se me parecían
 aunque le faltaran huesos
 de lo que fuera la cara;
 aunque niños o mujeres,

²⁵ Como sus colegas Júpiter y Thor, el mítico Pillán de los mapuches tiene, entre otros poderes, el de manejar los rayos y los truenos a su real gana.

gente de cualquier edad
siglo o milenio pasado
pueblo o nación de este mundo,
todos se me parecían
porque mucho me acercaba
a la marcha de los zombis
y en ella me confundía
por mucho que me acusaran
sus pancartas elocuentes,
la derrota en sus escupos.
Por mucho que no supiera
si ya era verdugo o víctima.
—¡Da igual!— se oyó a la Voz
y cesaron las imágenes;
temí borrar me con ellas.
—Yo lo justifico todo
según tasan el misterio
los corredores de sueños,
para eso fui inventado
con el barro neblinoso
de las primeras palabras.
Fui la Palabra Sagrada
desde un árbol, desde un pájaro,
desde el éxtasis humano
la Gran Madre, el Gran Padre,
Huracán del Cielo, causa
de lo que ves o no ves
entre el ansia y la codicia.
Cualquiera fuese mi nombre,
fuese el sol o una mujer
de brazos y manos múltiples,
o alguno de los llamados
únicos y verdaderos,
servía para iluminar

lo ignoto, dar un consuelo;
hacer humilde a la muerte,
emperadora del miedo.
Pero, desde el primer día,
cuando apenas fui un crujido
y cuerpos que temblaron,
quien supo leer esos signos,
ser, de mi mudez, ventrílocuo,
vislumbró el poder, la mano
que igual cura que estrangula.
Soy bastardo del poder,
Su máscara inalcanzable,
a la que entregas la oreja
pero buscas reemplazarla
por esa criatura biónica,
la última de tus trampas,
no caigas tú mismo en ella
cuando esté masificada.
Bípedo, padre insensato
que a tu hijo ves por padre,
esto pondrás en el arca—.
Pensé que la Voz callaba
y me alejé de la zarza.
No alcancé a dar muchos pasos
cuando escuché a mis espaldas
una guitarra traspuesta.
Con tal acompañamiento,
empecinada la Voz
me cantaba las cuarenta.

[cuarteta]

—Bebe, bípedo, esta queja:
 Creíste que yo era un hada
 para colmarto —por nada—
 del Universo en bandeja.

[glosa]

Mientras el sordo adiós llega
 —porque pasará a la Historia,
 una muesca en la memoria,
 conciencia que se repliega
 vencida en silencio y ciega—
 antes de cerrar la reja
 con llave de doble olvido
 atiéndeme el del estribo
 por si te cae la teja.

Bebe, bípedo, esta queja.

Al caminar pisas fuerte,
 con avidez infinita.
 La vida así se marchita,
 hollando siembras la muerte.
 Lerdo descubres lo inerte,
 te pudres en la estacada.
 Tus sueños, puros escombros:
 cargas muertos en los hombros,
 la Tierra contaminada.

Creíste que yo era un hada.

Surgí de tu oscuro yerro.
 Supe ser luz, y el consuelo
 no alcanzó. Pediste el vuelo,

lo absoluto, mi destierro.
Hoy, del poder testafarro,
llevo la cara borrada.
¿Cuántas tuve en mi castigo?
Rogabas como un mendigo
la mostrara revelada
para colmarte —por nada—.

Al hijo de tu quimera
Todopoderoso llamas,
olvidas que por las ramas
halla el deseo partera.
Menos que el aire me viera
al ser esperanza añeja.
Anhelo tal condición,
me libra de tu ambición:
llenarte, al darme tu oreja,
del *Universo en bandeja*.

[despedida]

Bípedo, por fin te dejo,
el biónico te asesora.
No le brindes media hora,
es mi postrero consejo.
Voy a la nada, mi espejo.
Y si en aras del rigor
alguien pregunta y se enfrasca:
“¿Cuál de los dos, el Gran Rasca?”,
lo auxilie un pacto rector:
tu cara o sello, Lector.

DE LA LECTURA CRÍTICA

[...] El exilio en sí es un reto para los intelectuales y lo que hace Sergio Infante es parte de una corriente de mantener el contacto con el país de origen, y así seguir salvaguardando su identidad cultural. La forma de tratar el tema del exilio no es siempre la misma, de esto nos damos cuenta si comparamos los primeros libros publicados después de su llegada a Suecia, con los últimos libros publicados. Su poesía es íntima, da cuenta de reacciones sutiles y de las percepciones de todos los días.

[...] Para no considerar el exilio como una derrota personal, Sergio Infante transforma sus emociones en algo completamente positivo: la poesía. En esa búsqueda de una poética mayor y de belleza vuelven sus sentimientos de esperanza y efervescencia de su anterior época renacentista, época de pureza, de ideales e inocencia, para darle sentido y transformarlo de este modo en la más bella creación. Por medio de su poesía crea mundos posibles, donde puede preguntarse sobre su propio mundo. La literatura es, para él, una búsqueda constante, una revolución permanente, donde siempre el criterio estético comprende al criterio ético (Anahí Otby *El exilio en la poesía de Sergio Infante*, Lund, 2012, páginas 4 y 7).
<https://lup.lub.lu.se/luur/download?func=downloadFile&recordId=5114739&fileId=5114740>

La batalla de Infante [en *Retrato de época*] transcurre dentro de sí, al margen de los paisajes turbadores, en ansiedad por obtener la fiel y honda versión de su propia realidad [...] La nostalgia de Infante es de noble sustancia: la patria le duele, pero no comercia con sus desvelos. En cambio, entiende y desprecia “el hedor de los soñadores que huyen a gatas”(43) porque desde la partida aprendió que la dignidad del hombre no es mercadería y que es deber del poeta procurar “que no se gaste el tiempo sin el canto” (14) [...] Con “los ojos fijos en el mapa abandonado” (41), Sergio Infante se acerca a nosotros, mostrándonos sus conquistas: “No tiene andén

el tiempo (27)”, “El agua es una aparición descalza” (39), signos de su estro fino y penetrante (Andrés Sabella, “Poesía chilena en Suecia”, en *El Mercurio*, Antofagasta, 10 de abril de 1983).

Retrato de época es, también, un libro del exilio. El chileno Sergio Infante, a través de un lenguaje y una simbología altamente alusivos, nos entrega versos donde se descubren las constantes de la soledad, de la distancia, del desarraigo. Los trenes, el deambular del hombre que busca su lugar sobre la tierra, son los motivos centrales de este libro, en el que se aprecia una notable madurez expresiva (Fernando Butazzoni, revista *Casa de las Américas*, N° 135, 1982).

Sergio Infante vuelve por estos lados con un poemario de título desafiante: *El amor de los parias*. Hay en esta calificación el rastro de un viaje que recorre la marginalidad ilustrada. [...] y el poeta nos demuestra andando que el movimiento es posible construirlo sobre otros movimientos, encadenándolos a una tradición universal [...]. La mayoría de los poemas de este libro pueden leerse como un correlato de otros textos. Con esto se pretende, y logra, una amplitud de significación mayor con una factura depurada. (Carlos Olivárez, diario *La Época*, domingo 13 de enero de 1991).

Sergio Infante ha optado por abrirse camino hacia las ciudades subterráneas del lenguaje, en donde con furiosa tenacidad busca la unión entre lengua y pensamiento, como si quisiera investigar e impedir el divorcio entre esos dos fenómenos. Infante es un poeta y académico “postmodernista”, plenamente obstinado, con una desenfrenada fantasía idiomática. Él logra finalmente reunir en su poesía el valor y el coraje triste de don Quijote con la curiosidad ardiente de Cristóbal Colón, en constante rumbo hacia nuevas y desconocidas costas. Infante posee una erudición significativa y es un laborioso *poeta doctus*, cuya poesía se caracteriza principalmente por una discreta sutileza, por alusiones que no se atrapan con

facilidad –pero también por esas recién nombradas ansias de saber y su inquirir persistente (Sun Axelsson, *Bevingade Lejon. 11 chilenska poeter i översättning* [El león alado. 11 poetas chilenos en traducción], Estocolmo, 1991).

Estos poemas [de *La del alba sería*] encierran distancia, desconexión intermitente, cambio brutal del destino, autoironía, readaptación a otra realidad, ausencia de los amigos, separación del entorno familiar, retornos breves colmados de recuerdos de un paisaje urbano irrecuperable, alucinantes extravíos en los páramos de la nostalgia. Pero todo esto que podría ser un conjunto de emociones y experiencias comunes a muchos, está expresado con un lenguaje y una belleza únicos, una riqueza clásica.[...]. Nos van asaltando la dulzura musical de las aliteraciones, la sorpresa siempre renovada de las imágenes, la maestría del idioma, las alusiones a los poetas clásicos. Todas las emociones son permitidas. Mesura, dignidad, roce espiritual se van dando de poema en poema. [...] A partir de *Retrato de época* (1982), Infante ha podido escribir una poesía que tiene una forma propia, desde dicha cultura [la de Suecia] no puede ser más que lenguaje referido por lo general a otros territorios, un lenguaje entendido y amado por habitantes de otros territorios. De ello tiene conciencia plena: aunque allí estén mucho de los problemas contemporáneos, es un producto marginal por mucha cultura y manejo de la lengua que haya en ella (El amor de los parias, 1990). Infante expresa que, al dolor que todo esto conlleva, se han ido añadiendo humor, distancia emocional, el juego con los géneros literarios, la vana intención de abarcar todas las palabras, todos los registros que normativamente negarían el yo lírico, pero que en la práctica son sus elementos constituyentes, la importancia del lector que se atreve a jugar y la reivindicación de lo quijotesco en medio de esta época del egoísmo más despiadado, como se percibe en *La del alba sería* (Virginia Vidal, “Sergio Infante, *La del alba sería*”, *Mapocho* .Nº 54, 2003: 354).

Este libro señero [*Las aguas bisiestas*] se acerca a la suma final del resto que pareciera quedarnos. Es doloroso y crudo, pero entrevé a ciencia cierta lo que nos consume a diario. Si esta advertencia es el grito final, queda la sensación de que lo que se viene está a la vuelta de la esquina...y temblamos presintiendo lo inevitable, la tragedia consumada y consumida, tapándonos los oídos para no escuchar el alarido de Sergio Infante, que igual penetra cáustico en medio de nuestra sordera civilizada.

[...]Se termina de leer con ciertas sensaciones burbujeantes (todavía hay agua en las venas) a ras de piel, y con un escozor demasiado incómodo por dentro.

Pero, nos quedamos con este libro esencial, útil y necesario; sobre todo, necesario, porque al fin de cuentas la esperanza deviene siempre en la propia poesía (Juan Mihovilovich, “Las aguas bisiestas, el alarido final”, en Proyecto patrimonio 2012). <http://letras.mysite.com/jmi121212.html>

Hace ya veinte años, Sergio simbolizaba, en *El amor de los parias*, a través de la circunferencia del destino, ese ir hacia alguna parte que de manera inevitable nos conduce el rodar hacia un destino. Se trataba ya, porque el poeta es vate y vaticina- de la absoluta pérdida de toda esperanza. Pero la derrota a manos del posmodernismo era moral, era interna. Habían caído los grandes discursos (en verdad cayó el discurso: ahora sólo se blasfema) y el individuo resultaba nada más que un simple paria, ese tipo de figura que estamos, los poetas, acostumbrados a asumir pues disfrutamos con subvertir el lenguaje. Es decir, darlo vuelta, sacudirlo para mostrar las verdaderas y más ocultas intenciones del lenguaje.

Algo que me llamó la atención al entrar en el libro [*Las aguas bisiestas*] es la facilidad de Infante para afrontar distintas formas del verso. Comienza con un riguroso endecasílabo, casi un prólogo: “El desastre que vi no deja historia./ Las secuelas impiden comentarios,/ acuciosas pesquisas de curiosos. Lo señalan extensos arenales./ Lo confirman provincias de granitos/ donde musgo y

aliento se derrumban”; para luego continuar con verso menor o silvas cuando la ocasión lo amerita, e intenta ¡por qué no! Una estrofa de pie quebrado, a lo Manrique rescatando, en uno u otro capítulo del libro, los elementos simbólicos que reordenan su alegato como un solo cuerpo.

Esta estructura se compone de cuarenta y cinco textos agrupados en tres partes o capítulos, además de ese texto inicial que, en tanto prefacio, nos señala haber tenido esta repentina visión de destrucción y caos. Pero, acá debo hacer la aclaración, no se trata de una amenaza o de una catástrofe cercana [...]. El poeta más bien señala a cuanto ve. Y es más, se refiere también a cuanto fue: A las nieves que fueron, las del Kilimanjaro, a las selvas perdidas, los tucanes, los hielos separados ya del Ártico. Se trata de un presente, de una destrucción en proceso: “Somos el giro luminoso y la muerte paulatina/ Orondas las vueltas muestran su hilacha (...) y enancha sin cesar el peladero de las vacas flacas/ por llanuras, bosques y selvas,/ por humedales y costaneras/ que pronto dejarán de serlo”.

La sensación que nos queda es muy pesimista. El proceso está largado y no hay vuelta atrás. Al menos, para quienes ejercemos este extraño oficio nos queda el consuelo. La poesía perdurará mientras exista lenguaje; y el lenguaje acompañará al hombre hasta su despenadero (Juan Cameron, “Presentación de Las aguas bisiestas”, [http://www.moving-art.net/poetry/convocation/Presentaci%C3%B3n de Las Aguas Bisiestas.aspx?sflang=es](http://www.moving-art.net/poetry/convocation/Presentaci%C3%B3n%20de%20Las%20Aguas%20Bisiestas.aspx?sflang=es))

Los poemarios *Aguas bisiestas* y *Las caras y las arcas*, cuestionan la realidad desde el principio, desde los arquetipos básicos que han dado pie a la cultura. “¿Dónde se habrá metido el poeta?” es una pregunta que conduce al laberinto del asunto, es una pregunta por el ser, por la nueva realidad que circunda y que por supuesto nadie entiende, a la que pocos se adaptan, negándose a aceptar el paso del tiempo, la caducidad aplastante de los arquetipos. Ya no hay poetas, pareciera afirmar, el hombre de ayer, entiendan, ya no es el mismo,

pareciera indicar por momentos a gritos. Pero no es fácil tal denuncia en medio de un mundo estructurado y rotundo: “Nunca me atreví a hablar/ por los que no tienen voz/ ni mucho menos hablar/ por los que fingen no tenerla.” Pero el poeta no puede dejar de ser profeta, porque la profecía es también esencia de la poesía, del juego de palabras, de la búsqueda del lugar, de la proyección de un mundo nuevo, que pocos aceptan como natural y necesario en el camino inmutable de la vida.

“Un presagio olvidado por distante/ me sacó del silencio...” prenuncia en *Las aguas bisiestas*, de allí saca valor para su denuncia, de allí se afirma y arma para alzar la voz y echar al viento su canto renovado. Hay cuestionamiento de los mismos, sus juicios en algunos poemas así lo confirman: “quedó obsoleto el sálvese quien pueda” advierte de manera imprevista el hablante lírico al lector, insinuando acaso que estamos en otros tiempos, donde los paradigmas han cambiado, o están cambiando a una velocidad asombrosa, no sabemos si para bien o para mal, pero es necesario aceptar el devenir, el curso inexorable del tiempo.

La poesía de Sergio Infante Reñasco nos traslada hacia nuevos horizontes poéticos, donde el poeta ya no es dios creador, sino profeta de la apocalipsis del lenguaje y sus formas conocidas (Miguel de Loyola, «*Las aguas bisiestas, Las caras y las arcas*; poesía de Sergio Infante», en *Proyecto Patrimonio* – 2019).
<http://letras.mysite.com/sinf210719.html>

En *Las caras y las arcas*, Sergio Infante (Santiago, 1947) hace una radiografía y reflexión sobre temas que hoy son moneda cotidiana en distintos segmentos de la sociedad chilena. Muestra de ello, es lo que Infante consigna aquí, como el Gran Rasca, punto de partida y viga maestra de todo el libro[...].

[...]explora el humor como si su escritura fuera una plumilla de bádminton, capaz de revolotear y observar la realidad, a través de la ironía. No en vano, comienza riéndose de sí mismo. En

"Cotidiano", apunta: "—Si pudieras, ¿cambiarías mi destino?/ a tu edad, Infante arrugado?/ Cerró su contrapregunta con una sonrisa".

Las caras y las arcas es una trilogía que se inicia con "Epifanía y trastienda", sigue con "Alameda almenada", y finaliza con "Oculto en el doble fondo". La lectura de los poemas es amena y los versos fluyen, sin tropiezos. El poeta demuestra haber aprendido la lección de Ezra Pound, cuando sentenció: "Creo en un ritmo absoluto, vale decir, un ritmo en la poesía que corresponda exactamente a la emoción o a la huella de la emoción que se intenta expresar. El ritmo de un poeta debe ser interpretativo, personal, infalsificado e infalsificable". Por ejemplo, en "Alameda almenada", hace la conjunción entre lo histórico, contingente y poético, sin prescindir de la cadencia ni de la métrica [...] (Francisco Véjar, "Versos e ironía *Las caras y las arcas*", en *Revista de Libros de El Mercurio*, 19 de Agosto de 2018).

El libro [*Las caras y las arcas*] aborda la subjetividad oportunista y mediocre que se instala en la cultura del siglo XXI, tras la pérdida de los metarrelatos y la inestabilidad laboral de la época postfordista. Infante escribe acerca de las subjetividades contemporáneas que están arrojadas a vivir en el acantilado social. Esto es, un espacio por donde se puede caminar, pero cada tanto tiene unos hoyos que arrojan al vacío. Esa imagen puede corresponder a la sociedad de la segunda década del siglo XXI que se va a comenzar a vivir. No hay baranda, por ello cualquiera puede caer en el vacío. Sin darse cuenta y en cualquier momento el empleado, la amada o el amado, está abajo. Desde el trabajo hasta las relaciones personales están sin baranda. Esa inestabilidad permite el surgimiento de la subjetividad que viene anunciando Sergio Infante por medio de su figura poética "el Gran Rasca".

[...] La atención puesta a las hablas de la calle, ubica a Infante como un poeta que anda "con la oreja pará", escuchando las frases cotidianas características para construir con ellas su texto. Infante es un poeta conversacional, inscribiéndose con ello en esa línea, donde

uno de los precursores es Nicanor Parra. Infante sigue su legado, reproduciendo formas propias de la conversación cotidiana y asumiendo que el poeta ya no es un personaje sublime, que elabora un mundo que solo él ve desde su torre. Este poeta está en la calle, decisión que comparte con la mayoría de los poetas de su generación, la del 60, donde está también Manuel Silva Acevedo, Premio Nacional de Literatura 2016, Cecilia Vicuña y Omar Lara. Estos dos últimos, como Infante, y muchos de esa promoción, han hecho parte muy importante de su vida fuera del país, huyendo de la dictadura primero, pero luego, algunos de ellos, formaron sus vínculos afuera y Chile es un lugar que se visita. Desde esa “afueridad”, Infante escucha las voces de la calle y como un bufón arroja sus poemas.

Bufón del italiano *buffere* que significa soplar. El personaje nació en Italia, y eran los que distraían al público mientras se cambiaba el escenario de la comedia. Ellos salían con sus mejillas hinchadas de aire y se daban de bofetadas, ante ello el público se reía. La poesía de Infante está hinchada de vida, de las palabras quiltras de la calle, las que, al ponerlas en un poema, pega una bofetada sobre la parte de la subjetividad que es Gran Rasca, pero también hace reír por lo absurda que es la comedia humana descrita en el libro. Entonces, en cada carcajada del lector, se expulsa un viento que arroja la palabra del Gran Rasca y permite el retorno de la vida auténtica y plena (Magda Sepúlveda Eriz, “Sergio INFANTE. Las caras y las arcas”, en ALPHA, N° 46, 2018: 303-305).

<https://scielo.conicyt.cl/pdf/alpha/n46/0718-2201-alpha-46-00303.pdf>

Los poemas de “Las caras y las arcas” recorren las instancias del poder, la riqueza, y sus símbolos y sublimaciones en diversas situaciones y contextos geográficos y culturales. Históricamente, traen a colación, comentan y rememoran las diversas etapas de las culturas humanas, sus mitos, símbolos y concreciones culturales, que institucionalizados, consensuados y registrados en los grandes

momentos y monumentos, constituyen la estela oficial de la civilización. Pero también se registran situaciones concretas del intercambio entre la gente, sus sagas mínimas de auto preservación y satisfacción de deseos; los entretelones, el teje y manejes del poder económico, político y cultural, en esos diversos contextos culturales y geográficos.

Detrás de todo, ya sea mencionándolo directamente, o aludiéndolo, aparece la figura del Gran Rasca, involucrado en las ecuaciones del poder económico y social en todo momento y a nivel micro y macro, y cuyas funciones y ámbitos de regencia se representan en las diversas transmutaciones anagramáticas de que se lo hace objeto a lo largo del libro. Este personaje ya había aparecido en otros libros del autor, pero aquí es la figura central que opera detrás de los bastidores del Gran teatro del Mundo. Se trata de un demiurgo, de un histrión ubicuo, omnipotente, viajero del tiempo, su originador en tanto Dios, que efectivamente el Gran Rasca lo es en este poemario. Como un Dios griego, es muy humano, es orgulloso, mentiroso, se vanagloria y ningunea a los que se niegan—aparentemente—a darle su voz, su rostro, su acatamiento, aunque a la postre incluso el poeta mismo puede ser tentado, así se deja entrever, porque ese Dios no se niega a conversar, está por el diálogo, porque también es persona y se supone que nosotros somos sus creaciones, además de que siempre hay que dejar una posibilidad abierta.

[...]Lo que llama la atención de entrada y antes de compenetrarse en su temática ya expuesta, es la riqueza del idioma español que se usa, que combina lo arcaico y culto con lo coloquial chileno y en algunos casos el neologismo, en una expresión con diversos registros lingüísticos. [...]Como observación, sería interesante ver esto en otros autores del exilio o la diáspora en general. Pero el uso de los coloquialismos y expresiones populares ya mencionado morigera lo anterior y denota una experiencia exploratoria del idioma, en estos versos económicos y escuetos que constituyen los poemas.

En esta trilogía el mundo degradado adquiere dimensiones más profundas y diversificadas que en los textos poéticos adscritos a determinadas causas o de comprensión por así decir más universal. Aquí, las claras divisiones de un ámbito bueno versus uno negativo, que alimentan a poesías más “comprometidas” se confunden, se hacen inciertas, en beneficio de una negatividad o degradación que lo traspasa todo, o casi. Ya hay historias o culturas buenas o malas. No hay un estado paradisíaco de “antes de la peluca y la casaca”.

[...]Creemos ver en esta trilogía, como elemento implícito y de alguna manera subyacente y por supuesto no voluntaria, el sustrato de una visión del universo y la sociedad gnósticos. [...] Es claro que en “Las caras y las arcas” no se despliega una visión escatológica y que el poemario es crítico frente al estado de cosas actual quizás desde una concepción materialista. Pero a un nivel que no sabría denominar—quizás sub ideológico—los elementos del universo del discurso de este poemario se articulan de una manera podríamos decir gnóstica.

En este libro, Dios, figura ambigua, omnipresente y negativa, aparece como subyacente al flujo y las concreciones variadas de la historia, sus estelas y monumentos, además de inmiscuirse, manipular, y entretenerse en las anécdotas pasadas y sobre todo presentes del poder. Está presente, junto al tema de la máscara y la encarnación, el tema de la mediación/mediatización. Hay diversos personeros que aparecen como encarnaciones del mal, demiurgos de esta divinidad gnóstica, y esta misma divinidad, el Gran Rasca, es degradada. [...] En el caso de “Las caras y las arcas”, se podría hablar de una trascendencia negativa. Pero aquí, este aspecto gnóstico se ve morigerado por su carácter por así decir chileno, que introduce elementos de ironía, parodia y cierta familiaridad. Además, se entra en un coloquio dialógico con la divinidad, que le increpa al poeta—quizás en su condición de “pequeño Dios” sus propias carencias. De alguna manera esta divinidad se muestra como accesible y de algún modo, entonces, no ausente.

Al comienzo mismo del libro, “Libro I”, que se inicia con la parte “Epifanía y trastienda”, el primer poema es “El llamado”, que

empieza así: “¿Dónde se habrá metido el poeta?”. Vemos que al comienzo mismo, el Gran Rasca hace un llamado al poeta, su potencial pitoniso y corimbante, más adelante el poema dice “cuando él, sin cara precisa,/en mi voz precisa encaramarse.”. Vemos el eventual o real papel del poeta, de máscara o emanación de este Dios, siendo así otra encarnación de la infinita serie de encarnaciones del Gran Rasca, el que por otro lado es en el fondo emanación humana, cerrando el círculo de degradación y mal que conforma el cosmos, ya que el lector genérico universal de alguna manera ha secretado a Dios: “Al hijo de tu quimera/ Todopoderoso llamas”. Al final en su diálogo con el poeta, que puede ser otra de sus encarnaciones, el Gran Rasca se hace oír con “una guitarra traspuesta”, que “me cantaba las cuarenta”. La misma banalidad de este universo, su misma morigeración por el humor, el diálogo, la cháchara, se suman para profundizar el mal imperante con ese aditivo de gratuidad. No hay antiparaísos ni paraísos en esta anti teopoética, los que tendrán que esperar a la siguiente generación de poetas para desplegar su dramatismo y así atenuar la degradación al plasmar la sublimidad del sufrimiento (Jorge Etcheverry, “Una lectura de *Las caras y las arvas*, de Sergio Infante”, en . <https://www.escriitores.cl/ediciones/articulos2/una%20lectura.htm>).

